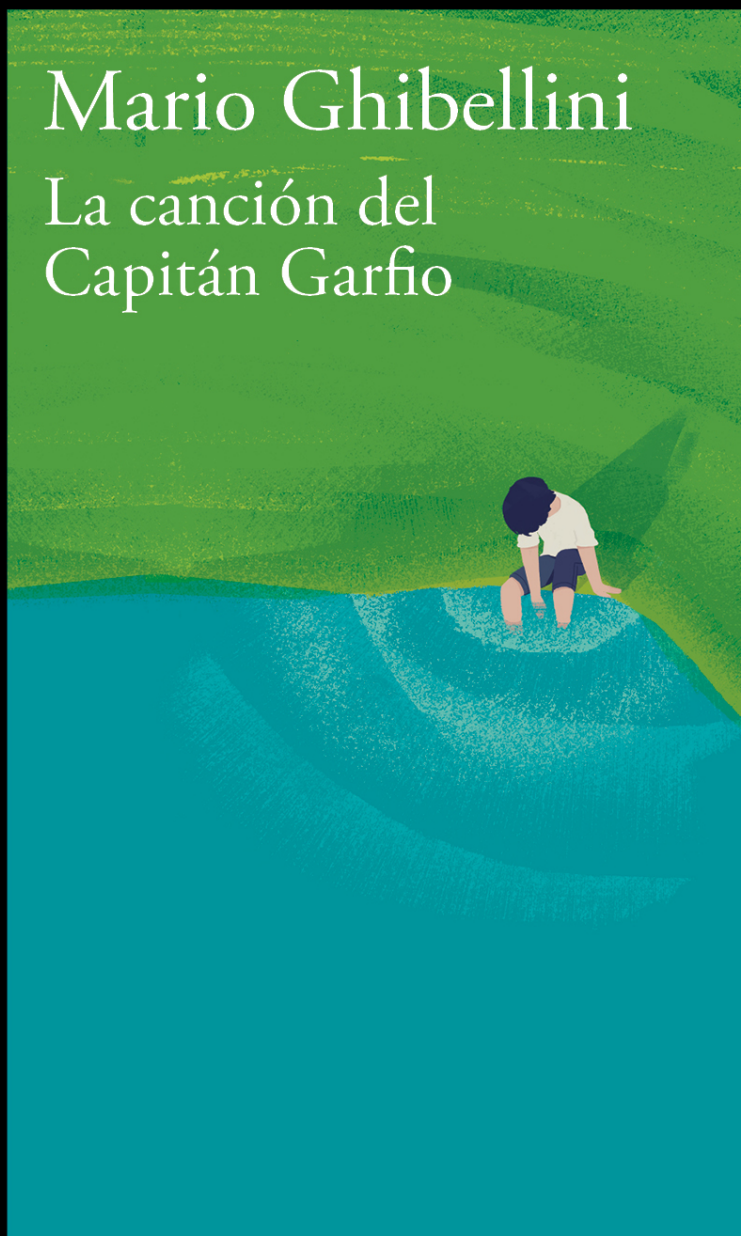
ALFAGUARA

Mario Ghibellini

La canción del Capitán Garfio



Narrativa Hispánica

La canción del Capitán Garfio

Mario Ghibellini

La canción del Capitán Garfio

ALFAGUARA

Síguenos en
Penguin Perú

Penguin Perú

@penguinlibrospe

@penguinlibrospe

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

VIERNES

SÁBADO

DOMINGO

LUNES

MARTES

MIÉRCOLES

JUEVES

Legal
Sobre el autor
Sobre este libro

A Willy

«Wendy: Where do you live mostly now?
Peter Pan: With the lost boys.
Wendy: Who are they?
Peter Pan: They are the children who fall from their prams when the nurse is looking the other way. If they are not claimed in seven days, they are sent far away to the Never Land (…)».

James M. Barrie, *Peter Pan*

Si alcanzaras a escucharnos, si fuéramos algo más que un coro de voces perdidas en este territorio imposible, sabrías que tu camino está signado y el viaje te sería más leve. Pero somos solo eso, un eco sumergido en tus sueños, un clamor que naufraga en el intento por ganar la otra orilla, y todo lo que podemos hacer es detenernos aquí a imaginar que compartimos el dolor que mina tu cuerpo y las ansias que trae la noche; permanecer a tu lado para convertir las sombras que se hacen densas cuando cierras los ojos en estas palabras extrañas que quizás tú no sabrías pronunciar, y ofrecértelas torpe, inútilmente, como un juguete estropeado; soñar, en fin, también nosotros que este vano rumor podrá tal vez guiarte, como los jirones de un canto remoto que arrastra el viento, hasta que tu voz por fin se reúna con las nuestras y sea una más girando en este torbellino.

VIERNES

1

Una mancha azul, una sombra, algo se había movido bajo el follaje fantasmal que asomaba de la laguna. Dejó caer la pluma sobre el cuaderno y balanceándose ligeramente hacia la izquierda, afinó la vista... Nada, todo estaba en calma, igual que siempre. Quizás se había dejado engañar por uno de esos destellos cegadores que a veces rebotaban sobre las ondas mansas del estanque, quizás había cabeceado por un instante y solo lo había imaginado, quién sabía.

Ubicada junto a uno de los ventanales del salón, la carpeta que compartía con Rafo era como una atalaya desde la que dominaba el paisaje que se extendía a espaldas del colegio: la huerta, las canchas de juego, el mínimo bosque de pinos meciéndose a un lado del gimnasio y, sobre todo, la laguna. La laguna, que envolvía la visión que se ofrecía a sus ojos como un aura temblorosa. Por eso no era fácil concentrarse en lo que *Frau* Ortega decía esa mañana, porque era viernes y resultaba más atractivo perderse en la contemplación de ese océano compacto pero lleno de misterio, soñar anticipadamente las tardes interminables que pasaría jugando a los piratas con sus primos.

Claro que en el fondo la idea de dormir tanto tiempo en otra casa no le hacía gracia; bastante malo era ya despertar en zozobra a la mitad de la noche en su propia habitación. Pero al menor intento de resistencia, su mamá le había hecho saber que esa vez no iba a poder con ella. «Nada de caprichos ni de lloriqueos, Ignacio», le había dicho, hablando con dificultad desde la cama, «mañana mismo te mudas a la casa de tu tía Gisela y se acabó». Y después, cogiéndose la garganta y con un hilo de voz, había añadido: «lo único que falta es que te contagie este virus». Así que no había vuelta que darle al asunto y lo mejor era pensar que de repente no pasaba nada y los días que tenía por delante terminaban siendo algo así como unas vacaciones en un refugio campestre. Sobre todo, porque sus tíos acababan de instalarse en la casa que habían comprado frente a la laguna y, entonces, con el bote de goma que su papá le había mandado de regalo en navidad, su viejo plan de jugar a los piratas con sus primos por fin iba a poder concretarse. Aunque, en realidad, la última vez que había conversado con ellos al respecto, Sabine había salido con la idea de que el juego tenía que ser a Peter Pan, porque acababa de ver la película y se le había metido en la cabeza ser Wendy. Y a él, que había leído el libro y conocía los pliegues de la historia que la versión cinematográfica ignoraba, le había parecido que el cambio no estaba mal, y sin pensarlo mucho había declarado que sería el Capitán Garfio. Y Rafo, claro, feliz, había aceptado quedarse con el papel de Peter.

Como siguiendo el curso de sus pensamientos, su mirada se había apartado de los ventanales y se había detenido en la forma difusa que, como una segunda cabeza, parecía brotar de su hombro derecho. En ocasiones, su primo lo desconcertaba: sin duda el bote y la laguna con sus secretos lo excitaban tanto como a él, pero cuando hacía falta, conseguía apartar de su mente los asuntos más acuciantes con la misma facilidad con la que se sacudía el cerquillo de la frente y podía dedicar su atención a otra cosa. Como ahora, que trabajaba a su lado sin aprensiones y parecía no enterarse de los sueños que estaban por materializarse, del mar de aventura que empezaba un poco más allá de los pinos y la libertad sin límites que se les ofrecería con solo dejar atrás la orilla. Su única preocupación, se diría, era anotar con trazos limpios los ejercicios que *Frau* Ortega iba dictando con voz monótona mientras caminaba por el salón.

Su mirada se había deslizado ahora hasta el cuaderno de Rafo, atraída por la forma en que las palabras iban brotando de su lapicero como un dibujo prodigioso. Envidiaba la escritura prolija de su primo, su letra parejita y redondeada. La suya, en cambio, era un desastre. «Esto parece escrito por la gallina», le decía siempre su mamá cuando revisaba sus tareas, pero él no se lo tomaba muy en serio porque cualquiera sabía que las gallinas no escriben. Lo único malo era que en primaria los obligaban a usar tinta líquida y, entonces, por culpa de su forma desmañada de escribir, sus dedos terminaban siempre salpicados de un sarpullido azul que lo afligía, pues le traía a la memoria esas otras manchas que desde el verano le habían brotado por todo el cuerpo.

La figura de *Frau* Ortega, recortada de pronto contra la luz de los ventanales, lo arrancó de sus devaneos. No la había visto acercarse, no había tenido tiempo de disimular y ahora ella se había detenido a su lado y cogido su cuaderno para comprobar que lo único que colmaba las hojas eran unos garabatos indescifrables, como los de la gallina... Sintió el rubor ardiéndole en las mejillas y cerró los ojos intentando anticipar la reacción de la profesora. ¿Le diría algo? ¿Se animaría esta vez a reprenderlo? La imaginó mostrando los garabatos a toda la clase y por unos instantes fue como si le faltara el aire. Pero luego los segundos pasaron y nada sucedió. Ni risas ni burlas; afuera todo continuaba siendo un vasto silencio, roto apenas por el rumor de los lapiceros deslizándose sobre el papel. «Va a ser igual que las otras veces», pensó entonces Ignacio. Y supo que cuando volviera a abrir los ojos, su cuaderno estaría nuevamente sobre la carpeta y *Frau* Ortega habría reemprendido ya su camino, ruborizada ella también y sin decirle nada. Igual que siempre desde que estaba enfermo.

Cuando sonó el timbre que anunciaba el recreo, *Frau* Ortega les pidió a los que vivían cerca del colegio que permanecieran un momento en la clase. Ignacio supuso

que la convocatoria lo incluía, así que se acercó al escritorio de la profesora junto con Rafo y Astrid Schlegel, mientras el resto de sus compañeros avanzaba en apurada procesión hacia la puerta. Alguien, sin embargo (desde su ubicación, no lograba distinguir de quién se trataba), parecía especialmente interesado en abandonar el salón y estaba provocando un pequeño alboroto al tratar de abrirse paso a empellones.

—No te me escapes, Felipe; tú también tienes que escuchar esto —ordenó la profesora sin molestarse en levantar los ojos de sus apuntes.

El revoltoso, al que todos en el colegio conocían como el Chuncho Kessler, volvió sobre sus pasos, bufando contrariado y empujando como por descuido a algunos de los chicos que todavía pugnaban por ganar el pasadizo. Se detuvo delante de la carpeta que *Frau* Ortega reservaba justo al lado de su escritorio para los que llegaban tarde a clase, y se dispuso a escuchar.

Segura de que tenía la atención de todos, la profesora no los hizo esperar más:

—A Otoya, el guardián del colegio, se le ha perdido hace días su perrita Mota —les comunicó—. Él no sabe qué raza es, pero *Frau* Cubas me dice que parecía un *poodle*.

Llevándose una mano a la boca, el Chuncho fingió reprimir una risa.

—Parece que tú la conocías, ¿no, Felipe? —observó *Frau* Ortega, atajando su ánimo burlón—. ¿No se supone que tienes montones de perros y eres una especie de autoridad en el tema?

El aludido se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, en realidad todos ustedes deben conocerla —continuó ella—, porque Otoya me cuenta que la perrita correteaba siempre por aquí y por allá, ladrándoles a los gansos de la laguna y metiéndose en las casas de la gente de la urbanización.

—En mi casa a veces le poníamos un plato con agua —asintió Astrid.

—En la mía no, porque a mi mamá no le gustan los animales, pero siempre pasaba por ahí rebuscando la basura —comentó Rafo, echándose hacia atrás el cerquillo.

—En fin, el asunto es que ahora Mota ha desaparecido y Otoya ha pedido que preguntemos en todas las clases si alguien la ha visto o sabe algo de ella —concluyó *Frau* Ortega, paseando una mirada interrogativa entre el grupo de muchachos.

Ignacio, que recordaba haber advertido alguna vez a la perrita merodeando por los jardines del colegio, meneó la cabeza en imitación del gesto con el que Astrid y Rafo habían respondido. El Chuncho, en cambio, permaneció inmóvil, como perdido en sus pensamientos.

—¿Felipe? —lo apremió la profesora—. ¿Tú tampoco sabes qué habrá sido de Mota?

—Nada, *Frau* —musitó él con una mansedumbre que nadie le conocía.

A la profesora, sin embargo, no pareció llamarle la atención esa insólita mudanza de carácter y procedió a licenciarlos con un vaivén de la mano:

—Okey, eso era todo; ya pueden salir —les dijo—. Pero si durante el fin de semana ven aparecer a la perrita por algún lado, no dejen de avisarle al pobre Otoya.

Ignacio y Rafo no esperaron a que les repitieran la autorización. Querían aprovechar lo que quedaba de recreo. Pero no bien habían abandonado el salón, el Chuncho Kessler pasó como una tromba entre ellos, mascullando:

—A esa perra chusca no la van a encontrar nunca: mis chow chow se la comieron.

Como la distancia era corta, por lo general Rafo y Sabine iban y regresaban a pie del colegio, bien prendidos de las manos de Clemencia. Esa tarde, sin embargo, cuando emergieron de la escalera de piedra que conducía a la plataforma exterior del pabellón de primaria, se encontraron con que era la tía Gisela y no la empleada quien los esperaba afuera.

—Rafo, Sabine —agitó ella un cigarrillo desde el otro lado de la calle—. Aquí, chicos.

Ellos respondieron el saludo entre felices y desconcertados, y le señalaron a Ignacio la camioneta con ademanes entusiastas. Para no desentonar, él intentó forzar una sonrisa. Se acomodó la gorra de beisbolista que siempre llevaba puesta (en la confusión del ascenso, algún gracioso se la había levantado para dejar su calva a la vista) y atravesó la pista flanqueado por sus primos, que ya discutían a quién le tocaba compartir el asiento delantero con la tía Gisela.

—Nada, nada: los dueños de casa atrás y el invitado adelante —decretó ella, mientras repartía sus besos rezumantes a tabaco y los ayudaba a acomodar las maletas en el carro.

Solo cuando estuvo sentada frente al volante, arrojó la colilla por la ventana y les soltó el anuncio: no habría más caminatas hasta el colegio. A partir del lunes, el tío Bruno los iba a dejar a la hora de ir a la oficina y ella los recogería a la salida, así como ahora, porque estaba aterrada con todas esas historias de secuestros que estaban saliendo en los noticieros. Clemencia no tenía tres manos y de repente un día de estos le daban un empujón para llevarse a uno de ellos, y eso sí que iba a ser una tragedia.

Con la última palabra, la tía Gisela puso en marcha el motor y, sorteando racimos de chiquillos que se afanaban por trepar a los vehículos o rodeaban las carretillas de los heladeros, la camioneta resbaló hacia la casa, serpenteando bajo los árboles que ocultaban a la vista el resto de la urbanización.

No habían avanzado ni media cuadra cuando el fuego de la discordia se reavivó en el asiento trasero.

—Si los ladrones te raptan a ti, se friegan —le dijo Rafo a su hermana—. Como eres recogida, nadie va a pagar rescate.

—Mamá, pues… —gimoteó Sabine.

—Ya, no comiencen ahora con sus pleitos —interrumpió la tía Gisela—. ¿Por qué

no pueden ir tranquilos en el auto como su primo?

Se hizo un breve silencio. Atravesaban ahora un tramo del trayecto donde el follaje de los árboles se hacía más espeso y la luz se percibía apenas como unas motas móviles sobre la camioneta. En medio de esa penumbra, Ignacio escuchó la voz de Sabine volviendo a la carga:

—Lo que pasa es que él es invitado y tiene que portarse así —la oyó decir con un retintín venenoso.

—No, Ignacio es igual de formalito en su casa —se apresuró a defenderlo su tía.

Luego se inclinó ligeramente hacia él, intentando hacerlo participar en la conversación, y añadió:

—¿No es cierto, mi amor?

Él, sin embargo, no se sentía con ganas de hablar y presenciaba la escena como desde lejos, dándole vueltas todavía al anuncio de su tía en la cabeza. Intuía que todo ese discurso sobre los secuestros era solo un pretexto. La verdadera razón para la supresión de las caminatas debía de ser él, las benditas recomendaciones del doctor Medina sobre evitarle el esfuerzo físico y la fatiga. «Lo de siempre», pensó. Y pegó su cara a la ventanilla tratando de distinguir algún retazo de la laguna entre los árboles.

Cuando llegaron a la casa, llevado seguramente por la excitación de tenerlo ahí por tiempo indefinido, Rafo le propuso hacer una carrera hasta su cuarto y la tía Gisela tuvo que intervenir.

—Tú sabes muy bien que Ignacio no puede hacer carreritas —le recordó a su hijo con severidad.

Rafo bajó un poco la cabeza y se limitó a sacar su maleta del auto. Pero Sabine no pudo reprimir un comentario.

—Esa enfermedad que tienes es aburrida —le dijo como en un bostezo al pasar a su lado.

Ignacio hubiera querido responder algo, decirle que ya sabía, que él también estaba aburrido y harto, porque no solo era lo del ejercicio, sino también las punciones, el vómito, las hemorragias… Y ahora, encima, lo de la hinchazón allá abajo (aunque eso era un secreto que había resuelto no contarle a nadie). Hasta los remedios, lejos de proporcionarle alivio, contribuían a su postración. ¿No le había explicado acaso el doctor Medina que eran las capsulitas azules las que le producían las náuseas y le hacían caer el pelo? Todo eso hubiera querido decirle. Todo eso y más, pero ya la tía Gisela estaba empujándolo suavemente hacia el interior de la casa, recitándole que no hiciera caso, que solo los burros se aburrían y que ya iba a ver cómo a fin de año estaría de nuevo sano y listo para correr hasta en las Olimpiadas de Moscú. Y entonces, cuando ya casi habían llegado al dormitorio de Rafo, se dio cuenta de que tenía un nudo en la garganta. Le pasaba siempre que pensaba mucho en la

enfermedad, pero esta vez la congestión tenía que ver con algo más. Con los miedos que le traía la noche, quizás, y con su incapacidad de evitar que terminaran colándose en sus sueños.

—Tu cajón de juguetes está debajo de la cama y tus cosas en el lado izquierdo del ropero —le dijo entonces la tía Gisela, acudiendo sin saberlo en su ayuda, pues mientras hablaba había descorrido las cortinas permitiendo que la luz de la laguna inundara la habitación.

Ignacio sintió que su congoja se disipaba al contacto con ese resplandor y por un momento deseó poder nadar en él, dejar que lo arrastrara como una corriente poderosa. Por fin, alargándose en un gesto hacia la ventana, arrojó su maleta al suelo y con un suspiro fingió derrumbarse sobre el hombro de su primo.

—Como verás, hay bastantes cositas tuyas por aquí —continuó la tía Gisela con los cordones de la cortina todavía entre los dedos.

—Montones —asintió él, mientras echaba un vistazo de reconocimiento.

Su tía no exageraba. En verdad parecía que hubiesen reproducido en esa habitación un pedazo de su dormitorio: era su propia cama la que habían colocado del lado de la ventana; doblada sobre una silla, estaba la bata naranja que antes formaba parte de su uniforme de karate y ahora solo usaba para levantarse; y sobre la mesa de noche, junto a los frascos de remedios, lo aguardaba también su libro de leyendas, una de sus posesiones más valiosas. Esos antiguos relatos de guerreros que raptaban doncellas, emprendían travesías llenas de prodigios y se enfrentaban sin temblar a reptiles de pesadilla eran una de las distracciones más eficaces que había encontrado durante sus convalecencias.

—Qué me dice, caballero… —bromeó la tía Gisela—, ¿todo a su gusto?

—Sí, tía; todo.

—Bueno, entonces creo que podemos hacer que no extrañe usted demasiado su casa —concluyó ella, emprendiendo la retirada.

Pero Rafo, que había estado esperando en silencio a que terminara con su discurso de bienvenida, la interceptó.

—¿Después de hacer los deberes podemos salir a jugar por el bosquecito? —preguntó en tono de ruego—. Quiero enseñarle a Ignacio un escondite que he descubierto.

La tía Gisela quedó pensativa, con los ojos puestos en él, y extrajo de su cartera un cigarrillo que no llegó a encender. Seguro iba a decir que no. Que mejor por qué no se quedaban jugando tranquilos en la casa o viendo televisión. Lo habitual. Como si su salud fuese a empeorar con el solo contacto de la intemperie, pensó Ignacio.

Pero su tía tenía a veces salidas insólitas y ese día, al parecer, les tenía reservada una:

—Bueno, si prometen no corretear y tener mucho cuidado con la laguna, pueden ir

—consintió de pronto—. Pero eso sí —agregó—: tienen que estar aquí de regreso antes de que oscurezca.

—Te juro que regresamos tempranito, mami, te juro —le aseguró Rafo.

—Tempranito, ¿no? —pareció dudar ella.

—Sí, tía, de verdad —se sumó entonces Ignacio—, tempranito.

Cuando por fin se quedaron solos, sin poder esperar un segundo más, Ignacio se tumbó sobre el suelo y se coló bajo la cama para sacar su cajón de juguetes. Quería cerciorarse de que el bote de goma continuaba donde lo había dejado al final del verano, después de haberlo usado una sola vez en la piscina de sus vecinos.

—¿Está?, ¿está? —inquiría Rafo ansioso, mientras él trataba de introducir una mano entre tanto cachivache y llegar hasta el fondo del cajón.

Sí, ahí estaba; podía tocarlo. Y ese objeto frío que había rozado con los dedos debía ser uno de los remos de aluminio. Metió como pudo la otra mano en el laberinto de juguetes y de un solo tirón desenterró lo que buscaba.

—¡El barco pirata! —exclamó, mostrándole victorioso el bote desinflado a su primo.

—Cállate —le susurró Rafo con pánico, temiendo de seguro que su mamá regresara al cuarto y los sorprendiera con las manos en la masa. Pero como nadie vino a preguntarles nada, acabó por tranquilizarse y sentarse él también en el suelo para hurgar en el cajón.

Presas de un entusiasmo voraz, fueron descubriendo juguetes que creían perdidos o tenían olvidados: máscaras de espanto que se probaron entre risas porque podían servir para darle a Sabine el susto de su vida, un enorme tanque a control remoto que avanzaba emitiendo un zumbido agudo y trepaba los obstáculos como si nada, un Lego para construir naves espaciales y hasta una descascarada espada de plástico, último vestigio de un disfraz de caballero andante o algo así que alguien le había regalado alguna vez a Ignacio por su cumpleaños.

—¿Y esto? —le preguntó Rafo levantándola con dos dedos, como si temiera contagiarse de una infección—. ¿Para qué lo guardas?

—¿Cómo que para qué? —se la arrebató él.

Y luego, ante el desconcierto de su primo, se puso en pie de un salto y ensayó algunas estocadas en el aire, avanzando y retrocediendo con pasitos y giros breves, hasta quedar sin aliento.

—Esta va a ser mi espada —jadeó orgulloso. La espada del Capitán Garfio. Y la voy a guardar debajo de mi almohada.

Sentado todavía en el suelo, con las piernas cruzadas a la manera de un jefe indio, Rafo se demoró en reaccionar.

—Yo también tengo una, pero todavía no te la voy a enseñar —dijo finalmente en

tono enigmático.

Y aunque fingió no hacerle caso, Ignacio se preguntó si acaso la espada de la que hablaba Rafo sería mejor que la suya.

Los deberes los terminaron en un dos por tres, pero prefirieron esperar a que la tía Gisela saliera con Sabine para llevarla a sus clases de gimnasia rítmica: después de todas sus advertencias acerca de la laguna, tenían que ser muy cuidadosos a la hora de sacar el bote de la casa. Para matar el tiempo, se les ocurrió ponerse a escuchar un viejo *cassette* con la música de *Peter Pan* que habían encontrado también sumergido entre los juguetes. Había aparecido de pronto, cuando terminaron de extender la ned de bádminton en la que uno de los remos del bote se había enredado, y Rafo se empeñaba en interpretar la coincidencia como una señal auspiciosa.

—A lo mejor podemos sacar de las canciones alguna idea para el juego —dijo mientras colocaba la cinta en su equipo portátil.

Pero Ignacio no se hacía muchas ilusiones. Aunque no recordaba muy bien esas melodías ni sus letras, todo el mundo sabía que las canciones de Disney eran siempre medio bobas y solo hablaban sobre pedir deseos a las estrellas y majaderías por el estilo. Difícilmente les harían justicia a los personajes de la historia tal como él los conocía.

Si acaso quieres volar, empezó a cantar entonces un coro de voces masculinas, *piensa en algo encantador*. Sonaban falsas, *como aquella Navidad*, falsas y antiguas, *en que viste al despertar*, como de ópera o algo así, *juguetes de cristaaal...*

—¿Juguetes de cristal? —adelantó Rafo el *cassette* torciendo la cara en una mueca cómica—... serán los que tiene mi mamá en su sala.

La siguiente canción tampoco resultó gran cosa. *Lirín, lirón,* trinaba en ella una pandilla de chiquillos candelejones, *liriririrán-lirón*. Los Niños Perdidos seguramente, *marchar, marchar, en línea de batallón*, o más bien la caricatura que habían hecho de ellos en la película. *Lirín, lirón, apréndete esta canción*, insistieron los mocosos una vez más, *el liriri-lirín, liririlirán-lirón*, antes de que Ignacio los interrumpiera diciendo:

—Ese trabalenguas que se lo aprenda su abuelita.

Adelantó esta vez él la cinta, entre aburrido e inquieto. La tía Gisela no tenía cuándo irse y estaba convencido de que esos sonsonetes no les iban a proporcionar clave alguna para el juego.

En esta ocasión, sin embargo, al oprimir el botón que liberaba el sonido, la habitación se vio invadida por un aire animoso y bronco que lo capturó de inmediato. *¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, bramó la tripulación del Capitán Garfio, *se vive sin trabajar*. Sonaba como una despreocupada hueste de borrachos a punto de desafinar, *cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar*, y transmitía un júbilo irresistible, una liviandad contagiosa que le hizo sentir a Ignacio que aquella tonada sí

era como para aprendérsela de inmediato y convertirla en un himno para la exaltación y la aventura de los días por venir. *Síííí*, remató entonces el propio Garfio, *¡se queda en el fondo del mar!*

2

Cuando escucharon a la tía Gisela salir con Sabine, eran ya más de las cuatro, pero calcularon que todavía tenían tiempo para cumplir con su plan. Se aseguraron de que Clemencia estuviese ocupada planchando las camisas del tío Bruno y escaparon por la puerta falsa con su cargamento prohibido. Una vez afuera, se echaron a andar por la pista, alejándose cada vez más de la zona habitada de la urbanización. Rafo iba adelante llevando los remos y él, ligeramente a la zaga, apretando cada cierto tiempo el paso para alcanzar a su primo y procurando que el bote no se le escurriese de los brazos.

—Tenemos que llegar hasta allá —empezó a explicar Rafo señalando con un remo la cerca que protegía una casa bastante apartada del resto—. Ahí podemos hacer nuestra covacha pirata, porque nadie nos puede ver desde afuera. Además, tiene un muellecito y todo.

—¿Acaso ahí no vive nadie? —quiso saber él.

—Nadie. Hace como un mes que está vacía.

Dejaron atrás la pista y mientras seguían avanzando entre construcciones y terrenos baldíos, Rafo le contó que el último ocupante de la casa había sido un tal Grendel, un señor medio alemán (como todos los que vivían cerca del colegio) que tenía una sola mano. Según su papá, el tipo estaba loco porque vivía rodeado de loros, monos, culebras y un montón de animales más que traía de sus viajes a la selva, pero ahora se había ido de regreso a su país a que le pusieran una mano postiza y ellos podían jugar en el jardín sin que nadie los molestara. A Ignacio la historia del loco sin mano lo turbó por un momento, pero pronto los serpenteos del camino, que poco a poco había vuelto a rodearse de vegetación, lo distrajeron. Se sentía libre por primera vez en mucho tiempo y, como el sol derramaba todavía una luz diáfana sobre el bosquecillo, el tramo final del trayecto se le hizo corto, saltando junto a Rafo sobre las sombras de los árboles y resbalando sin cuidado por los desniveles del terreno como si fueran pequeños toboganes de arena.

Cuando por fin se encontraron frente a la casa, Ignacio se preguntó por primera vez cómo harían para entrar.

—¿Y ahora? —interrogó a su primo.

Rafo se sopló el flequillo de la frente y movió las cejas complacido, como si hubiera estado esperando la pregunta. Sin decir nada lo condujo entonces hasta una abertura de la cerca, difícil de distinguir a primera vista, por la que tendrían que ingresar

arrastrándose. Rafo pasó primero y recibió del otro lado el bote y los remos. Luego le tocó el turno a él, y mientras se abría paso entre dos ramas erizadas de espinas, sujetando con una mano la gorra sobre su cabeza, se dijo que todos esos estorbos convenían a la entrada secreta de una covacha.

Se demoró en incorporarse, pero al lograrlo se encontró en un jardín amplio y umbroso que bajaba en declive hasta la laguna, poblado con matas de maleza por todos lados y una poza de aguas oscuras en la parte más elevada. A lo mejor Grendel criaba también tortugas y cosas así, pensó, mientras caminaba con pasos livianos hacia un montículo desde donde su primo le mostraba ya las posibilidades que el lugar ofrecía para sus juegos.

—Esa puede ser la cárcel —había empezado a decir señalando una enorme pajarera que dominaba la terraza—. Y ese árbol con escalerita para trepar hasta las ramas de más arriba, el cuartel de Peter...

Mientras Rafo peroraba inflamado, sugiriendo ahora que un cilindro de cartón que alguien había abandonado entre las plantas haría las veces de cañón en el barco pirata, Ignacio permanecía callado, sin poder creer que la covacha descubierta por su primo calzara de modo tan perfecto con sus fantasías. Nada, sin embargo, lo tenía tan hechizado como el muelle: totalmente pintado de blanco y sostenido sobre pilotes enanos, semejaba una pieza de miniatura. Y desde el montículo en donde finalmente se sentó con Rafo a inflar el bote, comenzó a imaginar el papel que cumpliría en sus juegos. Desde ahí se embarcarían para atravesar la laguna y llegar quizás hasta esa isla que parecía flotar frente a ellos, y donde un montón de gansos se amodorraba ahora a la espera de algún estímulo para echarse al agua y nadar en fila india hasta la orilla.

Inducido acaso por la orientación de su mirada, Rafo adivinó sus pensamientos:

—Es un club, pero mi papá se acaba de hacer socio —le explicó.

Y tras un segundo de reflexión, agregó:

—A ver si un día de estos vamos para allá y agarramos a los gansos a patadas en el poto.

A Ignacio la propuesta le provocó tanta risa que, para evitar atorarse, hizo el gesto de cederle la tarea de inflar a su primo.

—¡Ay, la de un pirata es la vida mejor...! —prefirió sin embargo cantar Rafo, apartando al mismo tiempo el bote de su boca.

Ignacio comprendió lo que su primo pretendía y lo secundó con timidez:

—Se vive sin trabajar.

Pero luego los dos continuaron juntos, a voz en cuello y haciéndose los borrachos:

—Cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar.

—Síií —ensayó por último Ignacio—, ¡se queda en el fondo del mar!

3

A la hora de comida, el tío Bruno llegó con unas pizzas que había comprado en honor al huésped (esas fueron las palabras que utilizó al hacer su ingreso triunfal en la casa con las cajas humeantes) y la tía Gisela les dijo que los iba a dejar sentarse a la mesa de los grandes con la condición de que se lavaran primero las manos y comieran como niños educados.

—Pero yo puedo comer con la gorra puesta, ¿no? —se inquietó Ignacio.

—Eso sí, pero con modales —insistió su tía.

Y, después, volviéndose hacia sus hijos, les recordó:

—Ya saben ustedes que al primero que me ponga los codos encima de la mesa o mastique con la boca abierta lo mando a comer al repostero.

Rafo y Sabine asintieron con sumisión, mientras el tío Bruno limpiaba con un pañuelo las lunas de sus lentes, empañadas por el vapor de las pizzas, y movía las cejas secundando la advertencia con histrionismo.

Ignacio corrió detrás de sus primos a lavarse las manos en el baño de visitas y cuando llegó a la mesa los imitó también en sus esmeros por sentarse con la espalda recta y lucir en general como los niños educados que la tía Gisela quería. Bastó sin embargo que Clemencia apareciera con los azafates y los depositara sobre el mantel, para que sus amenazas quedaran olvidadas. Al principio fue solo el gesto distraído del tío Bruno, que cogió un trozo de pizza con la mano sin ganarse una reprimenda. Pero esa licencia menor, a la que ellos se apresuraron a acogerse, fue como una señal de largada para que empezara el desbarajuste. Tarareando un sonsonete inventado que se les antojaba italiano e inclinando los azafates sobre sus platos, Rafo y él se sirvieron los trozos más grandes de las pizzas de jamón y de tomate, y rápidamente se enfrascaron en una carrera loca por demostrar cuál de los dos disfrutaba más del banquete. Sin darse tregua, engullían alternadamente bocados de una y otra pizza, mientras Sabine hacía esfuerzos inútiles por seguirles el ritmo y se atragantaba a cada rato.

—A ver si dejan también algo para nosotros —trató de sosegarlos el tío Bruno.

Pero su invocación cayó en saco roto. Ellos continuaban con su minuciosa labor de termitas, deteniéndose apenas para darles de vez en cuando un sorbo a sus limonadas o robarle un trozo de costra a Sabine que, derrotada, se resignó pronto a solo comer lo que ella llamaba «la salsa» de la pizza. Entre tanto, petrificada en su sitio, haciendo gala de una paciencia insólita en ella, la tía Gisela contemplaba el espectáculo con un gesto que no se podía decir si era de horror o tristeza, y guardaba silencio.

Entre dos dentelladas, Ignacio se preguntó si tanta tolerancia tendría algo que ver con él y bruscamente se sintió avergonzado. Decidió entonces hacer un esfuerzo por controlarse y dejó el trozo de pizza que sostenía en la mano izquierda sobre el plato.

Rafo, en cambio, incurría en groserías cada vez más aparatosas. Se limpiaba los dedos sobre el mantel y hacía ruidos desagradables al masticar. Era como si hubiese percibido él también la momentánea debilidad de su madre y estuviera resuelto a aprovecharla al máximo. Pero cuando hizo asomar unas hojitas de orégano en la punta de la lengua y las expulsó hacia el plato con un soplido que tenía algo de escupitajo, la tía Gisela no soportó más.

—¡Basta! —explotó, descargando un manazo sobre la mesa—. ¡Están comiendo como chanchos! Al que me haga una cochinada más, lo mando a comer... ya no al repostero, sino al zoológico o a donde el loco Grendel, con los animales.

Sus palabras acabaron convertidas en un susurro inquietante. Todos se quedaron callados, sin atreverse siquiera a tocar sus platos. Era como si el bullicio que había reinado en el comedor hasta un minuto antes nunca hubiese existido.

Pasaron así algunos segundos y entonces, con la vaga idea de que quizás un gesto cualquiera haría volver las cosas a la normalidad, Ignacio cogió los cubiertos y se sirvió un trozo de la pizza de berenjenas, que hasta el momento nadie había tocado. El movimiento que hizo para alcanzar la fuente lo llevó casi hasta el centro de la mesa y le permitió echar una mirada a la escena que lo rodeaba. El tío Bruno mantenía los brazos pegados al cuerpo y las manos cruzadas bajo el mantel, mientras hurgaba con la lengua entre los intersticios de sus dientes. Rafo había dejado de comer y se acariciaba la barbilla con la servilleta. Sus ojos, además, repentinamente empequeñecidos e inmóviles, revelaban nerviosismo y alarma, quién sabía si por el manazo o por el temor (que él por lo menos había sentido) de que la alusión a Grendel derivase en algún incidente que pusiera en peligro el secreto de la covacha. A su lado, la tía Gisela respiraba trabajosamente, como si reprenderlos la hubiese dejado agotada.

La única con ganas de romper el silencio parecía ser Sabine, que permanecía con la boca abierta, igual que si se hubiera quedado afónica a la mitad de un comentario.

—No nos puedes mandar a donde Grendel —dijo finalmente sin mirar a su mamá —. ¿No te acuerdas que él se ha ido de regreso a su país y en su casa ahora ya no hay ni animales ni nada?

La tía Gisela arrugó la frente, bruscamente desarmada por el comentario, pero el tío Bruno acudió en su rescate:

—Él se ha ido —asintió sacando las manos de debajo del mantel y gesticulando con ellas—, pero lo que no se sabe es si no habrá dejado alguna de sus mascotas por ahí. Los Kessler dicen que por las noches escuchan a veces los rugidos de un tigre a lo lejos...

Y acto seguido bramó con una mueca ridícula y el comedor volvió a poblarse de ruidos. Pero entonces, como si hubiera olvidado el temor que parecía haberlo dominado un instante atrás, Rafo retomó el tema prohibido.

—¿Cómo es que se llamaba el país de Grendel? —preguntó levantando la nariz en dirección a su papá.

—Dinamarca —se adelantó la tía Gisela.

Y, sin poder contenerse, continuó:

—O sea que Grendel es un...

—¡Danés! —gritó Sabine.

—Vikingo, más bien —la corrigió el tío Bruno—. Un bárbaro como todos los que vienen de Dinamarca. ¿Quién más iba a poder vivir entre tanta bestia salvaje?

Y luego volvió a lanzar un rugido, acompañado esta vez de un mordisco en el aire, vagamente esbozado hacia Sabine, que parpadeó aturdida. Ignacio notó que su primo había comenzado a frotarse de nuevo la barbilla y se mordía los labios. «Ya se dio cuenta», pensó. Y le pareció imperativo decir algo que desviara la conversación hacia otro tema. Conociendo al tío Bruno, no sería extraño que se le ocurriera proponer para el día siguiente una expedición a casa de Grendel para ver qué había de cierto en lo del tigre y ahí sí que el asunto podía ponérseles complicado. El bote, después de todo, lo habían dejado apenas oculto entre la maleza al terminar de inflarlo. El tiempo no les había dado para más.

—¿Pero Dinamarca no era uno de los departamentos del Perú? —improvisó Ignacio entonces a sabiendas de que decía una tontería.

—Anda, burro; esa es Cajamarca —se rio la tía Gisela—. Dinamarca es un país chiquito, pegado a Alemania, del que alguna vez salieron los vikingos, como dice tu tío Bruno, pero en el que ahora solo hacen mantequilla.

—Ah —fingió sorprenderse él, observando complacido el alivio en el rostro de Rafo.

En ese momento reapareció Clemencia para recoger los platos, trayendo los restos de unos helados que había encontrado en el fondo de la congeladora.

—¡Milagro! —exclamó el tío Bruno con los brazos extendidos—. Si no fuese por Clemen, que estudia para santa, nos quedábamos sin postre.

—Sí, y he tenido que repartir lo poquito que quedaba como si fueran los panes y los peces —redondeó ella la broma, para después persignarse como espantada de su impiedad.

Después de la comida, Ignacio quiso llamar por teléfono a su mamá, pero la tía Gisela le dijo que mejor no: como el virus justamente le había afectado las cuerdas vocales, ella no podía estar forzando la voz.

—Ya la llamaremos mañana o pasado —le ofreció.

Resignado, se sentó con todos en la sala de la tele y alcanzó a ver el final de una película de *gangsters* con esos artistas pálidos y engominados que, casualmente, tanto le gustaban a su mamá. «Ojalá la esté viendo», pensó. Y la imaginó allá en la casita de

San Antonio, arropada en su cama y con un pañuelo alrededor del cuello, siguiendo la trama con un interés que sus ojos entornados disimulaban.

Cuando empezaron los noticieros (un nuevo secuestro a la salida de un cine tenía a la policía en alerta máxima), el tío Bruno se llevó cargada a Sabine, que ya había caído dormida, y dijo que era hora de que ellos también se fueran a acostar.

—Mañana tienen que levantarse temprano si quieren salir a cazar tortolitas conmigo —les advirtió.

Obedecieron sin chistar. La excursión de la tarde los había dejado exhaustos y por nada querían perderse la jornada del día siguiente. Ignacio no había tenido hasta ahora oportunidad de participar de ese ritual de los sábados, instituido por el tío Bruno desde la mudanza a orillas de la laguna, pero los reportes que su primo le presentaba cada lunes en el colegio lo hacían arder en deseos de tener su primera experiencia.

—Seguro que mañana mi papá te deja disparar —le comentó Rafo ya en el dormitorio—. A mí siempre me deja, pero a Sabine casi nunca.

Su voz se transformó de pronto en un cuchicheo:

—Y por la tarde, cuando mis papás se echen a dormir la siesta, podemos escaparnos a la covacha y meternos a la laguna en el bote...

Ignacio asintió sin entusiasmo. Nada más sentarse en el borde de la cama, la ilusión por las aventuras del día siguiente se había desvanecido. Ahora la preocupación por darle continuamente la espalda a su primo mientras se despojaba de la ropa ocupaba toda su mente. No quería que notara la hinchazón. Le daba vergüenza y además podía irle con el cuento a la tía Gisela. Pensándolo bien, sin embargo, su verdadero problema no era Rafo, sino el doctor Medina. En una semana le tocaba su chequeo mensual y a él sí que no habría cómo engañarlo. Sabía por sus conversaciones con otros chicos que padecían lo mismo que él (a veces los mayores los dejaban solos en la sala contigua al consultorio) que ante este nuevo síntoma el doctor Medina prescribiría probablemente la terapia con rayos, y la sola idea de recibir radiaciones extrañas ahí abajo lo llenaba de ansiedad. Ojalá existiera una forma, pensó, de librarse de todo eso.

Ya enfundado en su ropa de dormir, se quitó por fin la gorra y la dejó sobre su mesa de noche. Se alisó los mechones de pelusa que todavía se aferraban a su cabeza, cogió el frasco de las cápsulas azules y con un cansancio distinto al que le había dejado la caminata de la tarde, lo destapó. Un golpe bastó para hacer caer la dosis necesaria en su mano.

Rafo, mientras tanto, había abierto a medias varios cajones del ropero en el que guardaba sus cosas formando una escalera para trepar hasta un compartimento que existía en la parte superior del mueble. Ignacio adivinó sus intenciones; muchas veces lo había visto ejecutar una operación similar en el departamento que sus tíos tenían

antes en Chorrillos. En sitios de difícil acceso como ese, su primo ocultaba unas gomas dulces y amargas que el tío Bruno le traía de sus viajes y él rara vez compartía.

Desde la cama, apretando la cápsula en una mano y sin animarse a tomarla, Ignacio lo vio extraer una de esas golosinas de la lata oscura donde las atesoraba y engullirla de un modo casi furtivo.

—¿Me convidas? —se atrevió a pedirle.

Encaramado todavía en lo alto del ropero, su primo se demoró en responder. Ignacio comenzaba a sentir que, bajo las sábanas, la cápsula se disolvía lentamente entre sus dedos.

—Me quedan poquitas —murmuró Rafo al cabo de unos segundos, volviendo a tapar la lata y sin mirarlo.

—Ah —contestó Ignacio, decidiendo finalmente que esa noche no tomaría su medicina.

En completo silencio, entonces, Rafo descendió de la improvisada escalera, acomodó todo y apagó la luz.

Un rato después, en medio de la oscuridad, volvió a hablarle:

—Otro día te convido, ¿ya? —le dijo.

—Ya —fingió creerle mansamente Ignacio, y tocó bajo la almohada su espada pirata, mientras de la otra mano dejaba caer los restos de la cápsula sobre la alfombra.

¿Nos escuchas ahora? ¿Intuyes siquiera el torrente de voces corriendo bajo la bruma de tu sueño? No, quizás no, pues tu atención está toda volcada sobre el juego. Ahí estás, navegando en el bote de goma a través de una laguna que es la que duerme del otro lado de tu ventana, pero también un mar distinto, uno que jamás has visto con los ojos abiertos. Mientras avanzas hacia la isla con caladas ociosas, silbas una tonada familiar (tú, que nunca supiste silbar) y de cuando en cuando retiras el remo del agua para dejarte mecer por los tumbos que vienen desde la orilla, entregado a una placidez que creías perdida. De pronto, te percatas de la ausencia de los otros. No están a bordo y no se los distingue tampoco allá en tierra firme, donde el minúsculo muelle parece encogerse aún más por la distancia. «¿Tendré que jugar solo?», te preguntas sin tristeza. Y pensando que tal vez sea una forma de infundirte coraje, conviertes el aire que venías silbando en el canto guerrero que merodea tu mente desde que zarpaste. ¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, proclamas entonces con una furia liberadora que te obliga a asomarte por la popa,* se vive sin trabajar*, quieres descifrar, mientras cantas, qué es esa mancha azul que se agita entre el azul del fondo marino, acercándose hacia la embarcación con movimientos ondulantes,* cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar. Síííí*, te repites por último al descubrir que se trata solo de un ganso que puedes espantar con el remo,* ¡se queda en el fondo del mar!

SÁBADO

1

Se despertó antes que nadie con una luz escuálida que se filtraba por la abertura de la cortina, pero no se movió. Prefirió quedarse pensando entre las sábanas tibias, volver a cerrar los ojos y dejar transcurrir el tiempo. En su casa podía pasarse así horas de horas, recapitulando sueños o contándose a sí mismo historias en las que zurcía retazos de sus lecturas con las peripecias del día anterior. A veces se las contaba también a su mamá y ella meneaba la cabeza. «Ay, Ignacio», suspiraba, «a ti se te pasea el alma, igual que a tu padre». Y él no sabía muy bien cómo tomarlo, pues las únicas imágenes que podía evocar de su padre estaban congeladas en las pocas fotos que, distribuidas por la casa de San Antonio, habían sobrevivido a su partida. Según su mamá, que nunca estaba de humor para extenderse en el tema, ellos se habían separado antes de que él cumpliera los tres años y desde entonces su papá vivía en Canadá. La tía Gisela, en cambio, daba siempre a entender que el asunto había sido al revés: primero el viaje y luego la separación. «No es que quiera disculpar a mi hermano de nada», solía justificarse, «pero las cosas son como son».

Previo o posterior a la separación, sin embargo, lo cierto era que ese viaje había arrancado a su papá de su vida. En los siete años transcurridos desde entonces, ni una sola vez había venido a visitarlo. Nunca una carta, nunca una llamada; ni siquiera cuando le descubrieron la enfermedad y pareció que todos los adultos se hubieran confabulado para llenarlo de atenciones y cuidados. Era verdad que cada cumpleaños y cada navidad la tía Gisela se aparecía con un suntuoso regalo que su papá supuestamente le mandaba desde Montreal (como ahora último el bote de goma o el set de magia que había recibido al cumplir los nueve años, cuando todavía estaba sano), pero desde hacía un tiempo Ignacio sospechaba que quizás fuera su tía misma quien los compraba. Sobre todo, porque las envolturas, que él siempre conservaba pensando que debían esconder algún rastro de su padre, tarde o temprano acababan por perder esa fragancia que lo hacía pensar en maletas y aeropuertos, para ceder paso a una tenue exhalación a tabaco.

Escuchó ruido en la habitación contigua. El tío Bruno empezaba ya a trajinar, así que también ellos debían movilizarse. Se levantó y caminó descalzo hasta la cama de su primo, que dormía con una placidez envidiable.

—Oye —lo sacudió—, ¡despiértate!

Rafo dio un respingo y se sentó en la cama. Sus ojos estaban hinchados como los de un boxeador tras varios asaltos en los que hubiera llevado la peor parte.

—¿Qué haces en mi casa tan temprano? —balbuceó.

—Anda, sonsonazo —le respondió él, cogiendo la gorra de la mesa de noche y cubriéndose con ella la cabeza como para que su primo terminara de reconocerlo—, ¿no te acuerdas que ahora estoy viviendo aquí?

Rafo se quedó mirándolo con incredulidad, rascándose las costillas bajo el piyama sin decir nada. Solo en ese momento Ignacio se percató de la sombra violácea en su mano. Era como las otras, pero de un color más intenso. Retrocedió hasta el borde de su cama para recoger los vestigios de la cápsula que había dejado de tomar antes de caer dormido y con alivio comprobó que no habían manchado la alfombra. Luego regresó al lado de su primo y lo auscultó con atención: a pesar de tener los ojos abiertos, continuaba atrapado en una dimensión remota; no podía haber registrado la rápida maniobra.

De pronto la puerta se abrió y el tío Bruno entró seguido de Sabine.

—Apúrense, que nosotros ya estamos listos —los conminó en voz baja—. Pero pónganse una casaca y salgan sin hacer bulla para que la tía Gisela no vaya a despertarse.

Y, sin esperar respuesta, los dejó solos.

—Ah, verdad —reaccionó Rafo por fin, sacudiéndose el cerquillo de la frente por primera vez en el día—, tenemos cacería de tortolitas.

Esa mañana la laguna se veía distinta. Sus aguas estaban más mansas que nunca y una ligera neblina había descendido sobre ella, contagiándola de una atmósfera irreal. Mientras la bordeaban a paso ligero, Ignacio trataba de precisar su color: era raro, porque a ratos exhibía una tonalidad entre marrón y verdosa, y en otros momentos se teñía de un gris pálido que la hacía parecer un inmenso témpano de hielo que se perdía más allá del colegio. Había soñado, ahora lo notaba, que la surcaba en el bote de goma, pero era incapaz de evocar el resto de esa aventura nocturna.

Se tomó un instante para acomodar sus orejas bajo la gorra y, con la sensación de que en el bolsillo de la casaca los restos de la cápsula pesaban como un trozo de plomo derretido, corrió para alcanzar a los otros.

El tío Bruno, que por alguna razón no llevaba esa mañana sus lentes, iba a la vanguardia del grupo. Marchando con la escopeta al hombro, con más aire de soldado que de cazador, marcaba una ruta algo distinta a la que habían seguido Rafo y él la tarde anterior, pero que los conducía también hacia el bosquecito. Durante un buen rato nadie pareció interesado en quebrar el silencio de la mañana, hasta que Sabine, que caminaba muy cerca de la orilla, notó que sus botas comenzaban a sumirse en el fango.

—Me hundo —extendió los brazos—, ayúdame, papá.

El tío Bruno se detuvo y de un tirón la atrajo hacia él.

—Parece que anoche llovió un poco —comentó, al tiempo que la depositaba sobre

el pasto.

Pasaban en ese momento frente a la cerca de una casa de colores vivos, con un extenso jardín atravesado por senderos de piedra. Ignacio notó que su primo demoraba el paso y con la mirada buscaba algo del otro lado de la reja.

—¿Qué haces? —lo interrogó.

—Aquí vive el Chuncho —murmuró él por toda respuesta.

Pero eso no aclaraba mucho. Como a todos en la clase, el Chuncho le inspiraba a Rafo con seguridad una mezcla de rabia y temor. Y como a todos también, en consecuencia, permanecer lejos de él tenía que parecerle una buena idea. ¿Qué diablos podía entonces habérsele perdido ahora en su jardín?

Como contestando a su pregunta, dos pelambres amarillentas aparecieron en el extremo opuesto de la propiedad. Surgieron de atrás de unos altos maceteros que intentaban ocultar la lavandería de los Kessler a la vista de los curiosos y emprendieron una carrera silenciosa hacia donde ellos se encontraban. «Los chow chow», pensó Ignacio, retrocediendo unos pasos. Nunca antes había visto a esos animales, pero el Chuncho solía alardear sobre su ferocidad en los recreos y en ese instante él habría estado dispuesto a creer que eran monstruos salidos de su libro de leyendas. Mientras se acercaban, anunciados ahora por un inquietante rumor de gárgara, Ignacio temió que la malla metálica no pudiera contenerlos. Rafo, en cambio, parecía encantado con la situación y los esperaba en cuclillas, como si quisiera vérselas con ellos cara a cara.

—Mira, esto los vuelve locos —le susurró cada vez más animado y dejando que su papá y Sabine siguieran alejándose.

Disimulando la tensión, Ignacio permaneció a su lado y lo vio coger de entre la hierba que crecía a sus pies una rama muy fina que introdujo a través de la malla. La provocación surtió un efecto inmediato. Fuera de sí, ladrando frenéticos, los perros se arrojaron contra la cerca, ladeando el hocico para tratar de atrapar en sus fauces el palillo que su primo hacía bailar entre los dedos. «Estos de verdad se tragaron a Mota», pensó Ignacio. E inmediatamente imágenes del Chuncho despertando en su cuarto a causa del escándalo y saliendo al jardín para echarles los chow chow encima le vinieron a la mente.

—Mejor vamos, oye —aferró a Rafo del brazo—; no vayan a estar sueltos otro día...

Pero su primo se zafó con agilidad de la tenaza y se puso a devolver los gruñidos y a mostrarles a esas bestias enloquecidas los dientes, al tiempo que arañaba absurdamente el aire. Ignacio comenzaba a impacientarse cuando escuchó la voz de su tío.

—Ya deja eso, Rafo —ordenó desde el umbral de la arboleda—. Después los Kessler van a ir a quejarse a la casa. Tú sabes cómo son.

Esta vez, aunque de mala gana, su primo tuvo que ceder.

—Con un poco más de tiempo los hacía aullar —se lamentó, mientras se apartaba del lugar sacudiéndose la tierra de las manos.

Una mínima bandada de loros pasó volando en ese momento sobre sus cabezas.

—¿Y esos pericos? —se preguntó sorprendido el tío Bruno, antes de reemprender la marcha—. ¿De dónde habrán salido?

Poco después se desplazaban por el bosque en silencio, como una partida de cazadores furtivos. De trecho en trecho, el tío Bruno hacía una señal obligando al grupo a detenerse y con un gesto de fastidio en el rostro escudriñaba largamente el ramaje de los árboles. La neblina dificultaba un poco la operación, pero siempre un batir de alas o un estremecimiento entre el follaje acababa por delatar la presencia de alguna tortolita y entonces el tío Bruno levantaba el arma y, sin mucho apuntar, hacía fuego. Lo único que conseguía, sin embargo, era que los pájaros alzaran vuelo espantados, mientras una lluvia de hojas y plumas se precipitaba sobre ellos. Era difícil saber si procedía así porque descifrar sin anteojos lo que ocurría en lo alto de los sauces y molles se le hacía imposible, o porque en realidad no quería acertar el tiro. El asunto, de cualquier forma, era que así seguramente no conseguirían cazar nada. Pero no importaba. En verdad la aventura estaba en todo lo demás. En caminar por la orilla de la laguna trazando un rastro de pisadas frescas, en respirar ese aire húmedo, cargado de olores agrestes, mientras la mañana terminaba de desplegarse sobre el bosquecillo, en jugar a que estaban tras una pieza mayor y asediarla envueltos en esa bruma extraña.

Como Rafo había previsto, de vez en cuando el tío Bruno los dejaba disparar también a ellos, y en una oportunidad se lo permitió incluso a Sabine.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó Rafo apenas la vio coger el arma y, cubriéndose la cabeza, se tiró al suelo.

Ignacio solo tuvo tiempo de imitarlo a medias, pues Sabine, ofuscada, se apresuró a disparar en cualquier dirección.

—No vale, ustedes me asustaron —protestó llorosa.

Y después, forcejeando con su papá para no soltar la escopeta, exigió:

—Quiero tratar de nuevo...

El tío Bruno adoptó un gesto serio.

—¡Esto no es un juguete, Sabine! —le arrebató finalmente el arma—. Si estaba cargada podrías haberle metido un perdigonazo a alguien.

Sabine tragó saliva desconcertada, pero luego insistió con gesto dramático:

—Pero es que quiero tratar de nuevo.

Ignacio miró de reojo a su tío. A diferencia de la tía Gisela, él no perdía la paciencia con facilidad, pero a veces los berrinches de Sabine lograban irritarlo y sus reacciones podían ser explosivas. Esa mañana, sin embargo, permaneció calmado.

—Si sigues con esa majadería, no te dejo disparar ni hoy ni el próximo sábado, ni nunca —dijo sin alzar la voz. Y consiguió callarla.

La puntería, no obstante, continuó fallándole también a él y, al rato, cansado seguramente de forzar la vista para nada, anunció que ya era hora del desayuno y dio la orden de emprender el camino de regreso. «Sabía que no íbamos a cazar nada», se dijo Ignacio arrastrando los pies tras los pasos de su tío. Y al deslizar las manos en los bolsillos de la casaca, cayó en la cuenta de que los restos de la cápsula seguían ahí.

De pronto, Rafo, que abría la marcha, quedó paralizado al pie de un árbol que prácticamente se alzaba sobre la laguna y señaló una rama que estaría apenas a dos metros de su cabeza.

—¡Mira, papá; ahí! —chilló estirando el brazo.

En el lugar hacia el que su primo apuntaba, Ignacio distinguió un ovillo de plumas que, ajeno a la conmoción desatada a su alrededor, parecía dormitar. Casi al mismo tiempo percibió un movimiento brusco a su derecha y escuchó el disparo de su tío.

—¡Le diste! —festejó Rafo—. Y todos vieron a la tortolita caer muerta en el agua.

Pero antes de que ninguno pudiera reaccionar y recogerla, un graznido áspero y destemplado, como el alarido de una bestia prehistórica, los hizo volverse hacia atrás. Sacudiendo todo su cuerpo, igual que si lo hubiese atacado un escalofrío repentino, uno de los gansos del club se acercaba nadando a la saliente donde ellos se encontraban.

—No es nada —los tranquilizó el tío Bruno—. El pobre estaba nadando por aquí y seguro se asustó con el alboroto.

A Ignacio, sin embargo, la visión lo turbó.

—¡Dispárale, tío! —reclamó exaltado.

—¿A tremendo pajarraco? —se extrañó él—. Los perdigones solo le harían cosquillas...

—Y además está prohibido —agregó Rafo con aburrimiento.

Ignacio comprendió que no tenía caso insistir, pero siguió convencido de que mejor hubiera sido dispararle también al ganso. Con una sensación de repulsión, lo vio dar media vuelta y nadar perezosamente hacia la isla, donde sus hermanos picoteaban migajas o semillas que alguien debía de haberles arrojado muy temprano. Recordó la promesa de Rafo: un día de estos irían para allá y los agarrarían a patadas en el poto.

—¡Miren, la tortolita ya no está! —exclamó en ese momento Sabine.

Todos voltearon a mirar de nuevo el lugar donde el pájaro había caído. Su prima no mentía: sobre el agua no había ya nada; apenas un poco de espuma danzando en círculos.

—Ya se hundió —sentenció el tío Bruno reemprendiendo el camino de retorno. Y Rafo y Sabine lo siguieron, entre lamentaciones por la mala suerte que les había echado a perder la cacería de esa mañana.

Ignacio, sin embargo, permaneció en la orilla todavía un segundo, con la mirada clavada en la laguna. Sacó del bolsillo los restos de la cápsula azul y con furia los arrojó contra la espuma.

2

De regreso en la casa tuvieron que servirse el desayuno ellos mismos. La tía Gisela estaba muy ocupada circulando con la aspiradora por todos lados. Los sábados eran los días libres de Clemencia y ella se hacía un mundo con la limpieza y el almuerzo. Andaba todo el día crispada, quejándose y lanzando al aire comentarios en los que siempre había un reproche implícito. Ignacio la había visto así miles de veces en el antiguo departamento de sus tíos, cuando su enfermedad no existía y los fines de semana donde Rafo eran cosa común.

Esa mañana, sin embargo, mientras seguía con sus primos la maratón de dibujos animados, su tía le inspiraba algo de lástima. Con él ahí, la pobre se esforzaba por hacer todo con aire despreocupado, como si las labores domésticas fueran su pasatiempo favorito. Pero la forma brusca en que a veces movía los muebles y el exagerado cuidado que ponía en no atravesarse entre ellos y el televisor la traicionaban. En su interior, el malhumor debía estar ganando posiciones, esperando el momento indicado para lanzar una ofensiva final.

Los temores de Ignacio se vieron confirmados un par de horas después, cuando la tía Gisela sirvió el almuerzo más temprano que de costumbre.

—Apúrense, que el asado se enfría y no pienso calentarlo de nuevo —la escucharon gritar desde el repostero.

El tío Bruno se frotó los ojos por debajo de los lentes, que por fin había recuperado, e interrumpió el Geniograma que resolvía sentado junto a ellos en la sala de la televisión.

—Me hubiera gustado tener tiempo de digerir el desayuno —resopló desmoralizado.

Y luego cogió el control remoto y, pulsándolo ceremoniosamente, extinguió la imagen de la pantalla.

—Vamos —les dijo acompañando sus palabras con un ademán de los brazos como para arrearlos a la mesa—. No hay que hacer esperar a su mamá.

Ignacio acató la orden sin pesar: dibujos animados daban todos los días; la oportunidad que se les ofrecería después del almuerzo, en cambio, era única. Con sus tíos durmiendo la siesta y Clemencia de salida, nada se interpondría entre ellos y su primera aventura pirata. Tendrían que permitir, eso sí, que Sabine los acompañara y hacerla partícipe del secreto de la covacha, pero ese era un precio que Rafo y él

estaban dispuestos a pagar.

Comieron casi sin decir palabra, intercambiando furtivas miradas de excitación, pero con maneras impecables para no dejarle al ánimo cascarrabias de la tía Gisela resquicio alguno por donde asomar. En un momento, Ignacio se descubrió tarareando la canción del Capitán Garfio para sus adentros. *¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, recordó gozando del asado y el arroz con choclo como si fueran un manjar sublime, *se vive sin trabajar*, olvidado de la angustia que le producía estar tan lejos de su casa, de los malestares que no le daban tregua y hasta de la hinchazón creciente allá abajo, *cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar*. Hubiera querido cantar en voz alta, hacerles saber a todos que se sentía aliviado y lleno de energía, pero se contuvo: no fuera a ser que sus tíos pensaran que le sucedía algo raro y terminasen adelantando la cita con el doctor Medina. *Síí*, se limitó a canturrear entonces entre dientes, *¡se queda en el fondo del mar!*

Los que en cambio hablaban hasta por los codos, reconciliados ya del incidente de la escopeta, eran Sabine y el tío Bruno. Algo le decía ella sobre una presentación de gimnasia rítmica que iba a tener el jueves en el colegio, y él contaba con los dedos los días que faltaban para la fecha.

—Como el *show* va a ser de noche, después podemos ir todos a comer a algún sitio que tú escojas —le prometió a Sabine.

—¡Al chifa de los pescados rojos! —se entusiasmó ella.

La tía Gisela emitió un chasquido de disconformidad.

—La última vez que fuimos, Rafo se intoxicó con los camarones… —objetó casi sin despegar los labios.

—Ay, no fue para tanto, mamá —intervino su primo.

—Nada que no arreglara en todo caso un antialérgico —se sumó el tío Bruno—. Además, un camarón malogrado te puede tocar en cualquier sitio.

Atrapado en medio de ese fuego cruzado, Ignacio prefería continuar con la boca cerrada, pero no perdía de vista a su tía. Ella cortaba ahora en finas tajadas el postre —un bizcochuelo de naranja— y las disponía sobre el plato pequeño que cada cual tenía al lado del que contenía los restos del asado.

—Bueno —la escuchó decir en el momento preciso en que le servía al tío Bruno su porción—, la próxima vez, el que se queda cuidando al intoxicado toda la noche vas a ser tú y la que ronca feliz, yo.

—Como quieras —aceptó él, liquidándose el postre en un santiamén—. Pero la verdad es que todo este discurso sobre roncar y no roncar me ha dado un sueño de órdago, así que me voy a echar una pestañeadita.

Y tras alzarse de la mesa con una reverencia, se alejó por el corredor murmurando algo que no llegaron a escuchar por el ruido que Sabine producía al golpear la jarra de limonada con los cubiertos.

La tía Gisela se quedó masticando lentamente un bocado de bizcochuelo y se llevó una mano al cuello, como si se quisiera estrangular. Ignacio adivinó que su malhumor estaba por desbordarse. La imaginó soltándose a renegar sobre la falta de colaboración en la casa y lo desconsiderados que eran todos con ella cuando Clemencia salía. Con angustia recordó además que, en el antiguo departamento, esa indignación terminaba siempre volcándose sobre sus primos, convertida en una condena a ordenar sus cuartos, lavar el carro o cualquier otra faena igualmente odiosa que los apartase de sus juegos. La aventura pirata pendía de un hilo.

Sentado a su lado, Rafo había abandonado su postre y permanecía con la mirada baja, igual que un reo a la espera de su sentencia. Y hasta Sabine parecía haber olfateado el peligro, pues de improviso había dejado de hacer tintinear la jarra y había colocado los cubiertos, uno al lado del otro, sobre la servilleta. Ignacio se golpeó la frente con los nudillos, buscando una idea salvadora antes de que todo se echara a perder.

La inspiración, sin embargo, esta vez la tuvo Rafo:

—Hay que recoger todo —le susurró con voz prácticamente inaudible. Y él acató la instrucción sin cuestionarla.

Solo mientras se ponía de pie y hacía una pila con sus platos y los del tío Bruno, creyó descifrar las intenciones de su primo: ayudar con todo eso era la mejor forma de evitar que su tía montara en cólera y salvar el día.

—¿Y esto? —se enderezó ella aturdida al ver que Rafo abría el grifo del lavadero y se ponía los guantes de jebe—. ¿Se volvieron locos o qué bicho les ha picado?

—Ay, mami —se sumó entonces Sabine al esfuerzo, levantando el resto de la vajilla —, no te vamos a dejar que hagas todo tú solita, ¿no?

Era imposible saber si su prima había intuido también una intención oculta detrás del gesto de su hermano o solo quería evitar que Rafo y él se llevaran toda la gloria, pero eso a quién le importaba: con su ayuda, en media hora más la tía Gisela estaría durmiendo y ellos, navegando en la laguna.

Cuando ya casi terminaban de secar los platos y de ordenarlos en el aparador, sin embargo, ocurrió algo inesperado. La tía Gisela, que había observado toda la escena limitándose a darle largas pitadas al cigarrillo que acostumbraba fumar después del almuerzo, hizo un comentario trivial:

—No lo puedo creer —sonrió—. Primera vez que alguien me ayuda con el trabajo de la casa.

Y Sabine, picada seguramente por esa obvia mudanza en el ánimo de su mamá, precipitó la catástrofe.

—Si quieres, nos puedes dar un premio —dijo.

La tía Gisela no se hizo de rogar:

—Tienes razón —consintió inmediatamente—. Creo que se lo merecen.

Y antes de que él o Rafo pudieran reaccionar, fue hasta su cartera y sacó las llaves de la camioneta.

—Nos vamos al otro lado del cerro —anunció haciéndolas tintinear en la mano—. Ya se nos ocurrirá por allá algún plan divertido.

3

Al culminar la curva que la pista dibujaba contra la arena, apareció la ciudad. Solo una delgada frontera de vegetación la separaba de las faldas de esa especie de enorme duna por la que rodaba la camioneta. Luego, una interminable sucesión de casas de una o dos plantas se extendía hasta el horizonte, rota aquí y allá por algunos edificios que tímidamente se empinaban hacia la palidez insípida del cielo de Lima. Era a esa aglomeración urbana, tan distante de la vida apacible al borde de la laguna, a lo que la tía Gisela llamaba «el otro lado del cerro».

Sabine viajaba adelante, jugando con los botones de la radio. Esta vez no había tenido que forcejear para sentarse junto a su mamá. Rafo, suponía Ignacio, estaba demasiado desalentado por la forma absurda en que la primera aventura pirata se les acababa de escapar de las manos como para invertir energías en esa disputa necia. Desparramado sobre su mitad del asiento trasero, se sacudía el cerquillo con furia y murmuraba maldiciones contra su hermana. «Si quieres, nos puedes dar un premio», repetía inaudiblemente con una mueca agria. Y luego miraba a Ignacio y, haciendo un gesto hacia ella, se pasaba un dedo por el cogote.

Él también estaba contrariado, claro, pero la idea de tomársela con su prima por lo sucedido no le parecía justa. Sabine estaba al tanto de que durante su estadía en casa de sus tíos jugarían en algún momento a Peter Pan (la iniciativa después de todo había sido suya), pero al sugerir lo del premio no tenía cómo saber del plan para hacerlo esa misma tarde. Por temor a que abriera la boca frente a la tía Gisela, ellos no le habían contado que el bote ya estaba oculto en el jardín de Grendel, listo para ser abordado; y con ello, en lugar de evitar un problema, lo habían precipitado.

Las relaciones entre Rafo y su hermana, sin embargo, se definían por un eterno toma y daca de trastadas y desquites, y él no iba a cambiar eso ni hoy ni nunca. Por el momento, además, no se sentía de humor como para ensayar defensas justicieras. Quiso distraerse imaginando que el tramo final del descenso hacia la ciudad era un aterrizaje forzoso en medio de una zona poblada y hasta se ajustó la correa del pantalón haciéndose la idea de que se trataba de un cinturón de seguridad. Pero al pegar la cara a la ventanilla para reconocer el terreno sobre el que supuestamente tendría que maniobrar, encontró todo tan ordinario que perdió el poco ánimo que tenía para sostener la fantasía. Recostó su peso contra el respaldar del asiento y tiró de la visera de su gorra hasta sumir sus ojos en una oscuridad sin dimensiones.

Afuera, a una orden de la tía Gisela, Sabine había dejado de jugar con la radio y ahora alguien, acompañado solo por su guitarra y los ocasionales trinos de un pájaro, cantaba una melodía dulce y triste a la vez, mientras unos golpecitos acompasados, como el trote lento de un caballo sobre un camino empedrado, marcaban un ritmo hipnótico y poco a poco se alejaban, junto con la música y la voz, arrastrándolo también a él hacía un remolino que lo esperaba allá, al fondo de la noche en la que el pájaro cantaba.

Lo primero que sintió fue un dedo picoteándole la cabeza por encima del gorro y, casi inmediatamente después, la voz de Rafo:

—Oye, mejor te hubieras quedado haciendo siesta con mi papá.

Mientras terminaba de desprenderse de las aguas densas del sueño, pensó que su primo sonaba sospechosamente animado. ¿Cuánto rato había dormido? ¿Se había perdido de algo?

—Ya, pues, Ignacio —insistía Rafo desde el exterior con acento travieso—, tenemos que cobrar nuestro premio.

—No sé qué premio raro es este que has escogido, hijo —dudaba adelante la voz de la tía Gisela, mientras Sabine guardaba un silencio insólito en ella.

Devolviendo por fin el gorro a su posición original, Ignacio se desperezó y enfrentó la escena que se desarrollaba fuera de la camioneta. Del otro lado de la calle, frente a una casa cuya fachada ostentaba el deterioro habitual en las viviendas que han estado desocupadas por mucho tiempo, se había formado una hilera de una veintena de muchachos de su edad o algo mayores. Sobre ellos, un letrero de cartón atravesado por una escritura que pretendía semejar trazos de sangre anunciaba: *Mansión de los Horrores*. Y una turba de murciélagos de alas desiguales flotaba sin gracia entre las letras.

—¡Qué huachafería! —se incomodaba de nuevo la tía Gisela—. ¿A ti qué te parece, Ignacio? Rafo nos ha hecho venir hasta aquí porque no sé quién le ha contado de este sitio, pero a mí no me convence...

Claro, ahora recordaba: alguien en el colegio había mencionado una casa llena de monstruos en Miraflores. Requena, quizás. O más bien Masías, el parlanchín del otro salón que solía pegársele durante los recreos. Había estado ahí, según dijo, el fin de semana pasado y la experiencia lo había dejado eufórico, pero él no había prestado demasiada atención a su historia. Rafo, en cambio, parecía haber registrado hasta la ubicación exacta del lugar.

Ignacio vio a su primo apoyar los codos sobre el respaldar del asiento delantero de la camioneta para responderle a la tía Gisela.

—No, pues, mamá —alegó—; tú nos dijiste que escogiéramos nuestro premio y ya escogimos.

—Pero tú has escogido por todos —retrucó ella—. Además, yo creo que más divertido sería ir a una matinée de teatro o, por último, al Bowling.

—Sí, sí, al Bowling, mejor vamos al Bowling —intervino por fin Sabine.

—A ti el Bowling nunca te ha gustado; lo que pasa es que te mueres de miedo de entrar ahí —la retó Rafo apuntando el mentón hacia la hilera de chicos.

—No, porque yo sé que todo es truco y disfraces, y no me da miedo —dijo ella.

—Entonces entra, pues —insistió su hermano.

Poseída por un insólito espíritu guerrero, Sabine abrió la puerta de la camioneta, decidida a lanzarse a la calle. Pero la tía Gisela la atajó.

—Espera —le dijo, poniéndole una mano sobre el hombro.

Y luego, volteando hacia Ignacio, ensayó un último recurso.

—Total, tú que eres el invitado hasta ahora no has dicho nada —lo apremió—. ¿Te provoca entrar a este sitio?

Ignacio se encogió de hombros. Le daba lástima someter a Sabine a una situación que obviamente la aterraba, pero el código no escrito de complicidad con su primo pesaba más que cualquier consideración de ese tipo.

—Creo que sí —se obligó a decir.

La cola avanzaba por oleadas. Mientras una voz de feria que desentonaba con las pretensiones góticas del lugar pregonaba desde dos altoparlantes los platos fuertes del recorrido —la Llorona Decapitada, el Príncipe de los Vampiros, la Momia de Guanajuato—, un hombrecillo de acento gracioso repartía los boletos y organizaba a los expedicionarios en grupos de a diez o doce, que solo dejaba ingresar a la casa cuando los visitantes anteriores la habían abandonado.

—No se desesperen —cantaba sin mover los labios ante el comportamiento indócil de tres quinceañeros que rompían permanentemente la fila—. Luego estamos entrando, ¿sí?

Los muchachos, sin embargo, seguían haciendo problemas. Se acercaban a la puerta principal y tocaban preguntando por Largo o el Tío Lucas, se asomaban a las ventanas tapiadas de la supuesta Mansión y fingían entrever escenas que los movían a dar alaridos histéricos y abordaban sin pudor a los transeúntes para pedirles cigarrillos. Alarmado quizás por la posibilidad de que lo intentaran también con la tía Gisela, el diminuto boletero volvió a aproximárseles.

—¿Es que no tienen paciencia? —los increpó.

Pero por toda respuesta obtuvo otra chanza:

—Oye, chato —le dijo uno de ellos—, ¿tú allá adentro haces de duende misio o de Chavo del Ocho?

Y los otros dos explotaron en una carcajada escandalosa, mientras el agraviado se alejaba aparentando no haber registrado la pulla. Ignacio, en cambio, no estaba de

ánimo para risas. Se sentía culpable por la trampa a la que había empujado a su prima. Un instante antes, al bajar de la camioneta, Rafo había alcanzado a confirmarle que estaban ahí para hacerla pagar por su ñoñería y ahora parecía decidido a aprovechar el tiempo de la espera para trabajar sobre sus nervios.

—¿Has traído crucifijo? —estiró de pronto la cabeza hacia la cartera de su mamá.

—¿Crucifijo? —apretó ella el bolso contra su cuerpo—. ¿Para qué?

Rafo abrió los brazos en uno de esos gestos teatrales que le había heredado al tío Bruno y retrocedió un paso para que su mirada abarcase también a su hermana.

—Por si se nos acerca Drácula, pues, mamá.

—¿Solo así lo espantas? —balbució Sabine sin poder disimular ya su ansiedad.

Compadecido de su situación, Ignacio trató de inventarse rápidamente algo que la tranquilizara. Pero el líder de los adolescentes zumbones (Goyo era su nombre, según sabrían después) se le adelantó, ensayando una nueva bufonada.

—No te preocupes, amiguita —dijo palmeando a uno de sus camaradas—; aquí Joaquín tiene un aliento a ajo que lo va a hacer esconderse en su ataúd hasta Halloween.

En ese momento el boletero anunció que ya podían entrar y las risas de los otros dos muchachos se diluyeron esta vez entre el barullo de la gente que bruscamente se agolpó en los escalones de ingreso.

—Nada de fotografías o de acercarse mucho a los monstruos —advirtió el hombrecillo mientras recogía los tickets y contaba mentalmente a los visitantes que iban ingresando a la casa—: son engendros peligrosos.

Pero, a excepción de Sabine, nadie pareció preocuparse demasiado por lo que decía.

La tía Gisela los dejó ir por delante, pues el recorrido se iniciaba con una galería estrecha y agobiante, formada con tablones de madera, por la que solo se podía avanzar de a uno. En la creciente oscuridad, Ignacio distinguía únicamente a Sabine, que caminaba delante de él, y por momentos a Rafo, abriendo excitado la procesión unos pasos más allá. Los otros visitantes eran apenas voces remotas o el sonido de pies que se arrastraban vacilantes sobre el piso, mezclándose con una tenue música de órgano que parecía impregnar la atmósfera. A la tía Gisela, la intuía a sus espaldas por su respiración poderosa.

Tras seis o siete metros de marcha incierta, una oquedad profunda y salpicada de chispas diminutas se abrió a la izquierda. De primera impresión, nada parecía existir en ese ambiente, pero conforme los ojos se iban habituando a la lluvia centelleante, una forma vaporosa, coronada por una esfera transparente, comenzaba a insinuarse a un lado. De pronto, un fogonazo encendió la burbuja y Sabine trastabilló sobresaltada, obligando a Ignacio a empinarse sobre ella para ver qué sucedía. Dentro del cristal,

una cabeza de mujer había aparecido y pronunciaba oráculos y encantamientos con un dejo exótico.

—Espíritus, demonios, seres de la noche —salmodiaba abriendo los ojos con desmesura y estremeciendo sutilmente sus greñas—, atended a mi conjuro, aceptad la ofrenda que os presento...

¿Qué se suponía que era? ¿Una bruja? ¿Una decapitada vuelta a la vida? Para Ignacio, en cualquier caso, resultaba claro que no era más que una pobre señora con la cabeza encajada en esa especie de escafandra y el resto del cuerpo encogido tras los tules de la mesa que sostenía el artificio. Sabine, en cambio, contemplaba la escena petrificada, con los pies clavados al piso, mientras Rafo ejecutaba a su alrededor un ballet de caricatura y duplicaba la melodía del órgano con un gañido lastimero.

—Anunciad vuestra presencia con truenos y vientos de furia —continuaba la decapitada, vigilando ahora de reojo las evoluciones de Rafo—, inflamadme con vuestros poderes aciagos.

—Ya, avancen, avancen —los volvió a encarrilar en el callejón la tía Gisela, que les dio el alcance en ese momento y no se detuvo ni a dedicarle una mirada a la cabeza parlante.

Caminaron otra vez en tinieblas, guiados solamente por una luz parpadeante que se colaba bajo la puerta que los esperaba al final del pasadizo. Ignacio se preguntó qué habría del otro lado. Recordó el resplandor que, en su imaginación, debía de escapar de la cabina donde aplicaban la terapia de rayos y notó que sus pasos se hacían más lentos. Unos metros más allá, Rafo dudaba delante de la puerta.

—¿Quién la abre? —preguntó mientras los demás avanzaban hacia él.

Ignacio sospechó que trataba de ganar tiempo para darle a su mamá la oportunidad de hacerse cargo del asunto. Una cosa era hacerse el valiente con un espanto que estaba a la vista y otra, aventurarse en un espacio desconocido donde alguna sorpresa ingrata seguramente los aguardaba.

—A ver, permiso… —apareció por fin la tía Gisela, abriéndose paso entre él y sus primos para tomar el picaporte.

Y con la misma viada con la que empujó la puerta, se precipitó con ellos en la luz misteriosa de la otra habitación. Una versión pobre del laboratorio de algún científico loco con toques de acuario pringoso cobró poco a poco forma delante de sus ojos. Baterías de auto usadas y tubos de ensayo estropeados convivían allí con una enorme tina de aguas turbias cercada por un reguero de peces disecados. Ignacio tuvo el impulso de acercarse a inspeccionarla, pero antes de que hubiera dado un solo paso, un bulto negro emergió bruscamente del caldo cenagoso que contenía la tina y extendió hacia ellos un tentáculo tembloroso.

Con un grito ahogado, la tía Gisela abrazó a todos y dio un torpe salto para atrás. Pero en un instante comprendió de qué iba el número que tenían ahí montado y

reaccionó indignada.

—¡Nos vamos de este hueco inmundo! —tronó frenética, mientras intentaba arrancarse a Sabine de las piernas—. ¡Lo único que da miedo aquí es la mugre!

Ignacio notó que la explosión de furia había inmovilizado al monstruo. Flotando quieto en la tina, lucía ahora asustado. Su tía, sin embargo, seguía lanzando imprecaciones y ya daba media vuelta para salir de ahí con ellos, cuando algo les bloqueó la retirada...

—No temáis, Smith está aquí —proclamó Goyo desde la puerta.

Alertados seguramente por las voces de la tía Gisela, él y sus amigos habían llegado a la carrera para meter sus narices en lo que fuera que estuviese sucediendo en ese lugar.

—Ese pejesapo solo ataranta a la gente gracias al factor sorpresa —discurseó el líder de la pandilla caminando hacia la bañera—. Si lo miran bien, se van a dar cuenta de que es un panzón metido en un traje de buzo que le queda chico.

Rafo y Sabine rieron nerviosos. Aguardaban, sin duda, alguna indicación de la tía Gisela para saber si el plan de evacuación seguía en pie o había sido desactivado. Ignacio, que había empezado a disfrutar el recorrido, trató de inclinar la balanza a favor de lo segundo.

—Esas escamas de caucho no engañan a nadie —observó con una especie de desdén.

—Pura finta —confirmó Rafo.

—Pero en la oscuridad... —apuntó la tía Gisela, dejando su objeción a medias para encender un cigarrillo.

—¿No tendrá unito para mí, señora? —movió graciosamente los dedos Goyo.

La tía Gisela dudó.

—¿Para su salvador…? —insistió él abriendo los brazos como para envolver a todo el grupo.

Un clamor de aprobación se levantó entre sus amigos y, sin saber muy bien cómo, Ignacio y sus primos acabaron sumados a él. Entre avergonzada y ridícula, la tía Gisela estiró la cajetilla hacia el muchacho, que tomó el cigarrillo y lo encendió con un fósforo que guardaba en el bolsillo y rascó contra la suela de su zapato.

—¡Atrás, pejesapo! —lo arrojó por último hacia el monstruo marino, y esta vez rieron todos.

A partir de ese momento, los dos grupos continuaron juntos el camino, y la supuesta travesía entre parajes inhóspitos y amenazas de ultratumba se convirtió en una excursión de chacota, donde los que tenían que andarse con cuidado eran los ocupantes de la Mansión. Al verdugo de la cámara de torturas le dijeron que su capucha negra le daba aspecto de ratero y le hicieron notar que el hacha no era el

arma más práctica para consumar atracos. Las risotadas del monje que velaba por los sepulcros del cementerio no consiguieron evitar que se le acercaran a solicitarle confesión por haber soltado aires impuros en el santo de la abuelita. Y al espectro del capitán que penaba por la casa buscando a su prometida, le comunicaron que la muy canalla se había escapado con uno de los marineros que había sobrevivido al naufragio.

—Y han puesto una academia de natación —remató Goyo—, porque dicen que solo los mensos se ahogan.

Doblado de risa, sumándose a las mofas cada vez que podía y tratando de robar a escondidas una pitada del cigarrillo que su mamá había consentido minutos antes, Rafo parecía ya un miembro más de la banda de gamberros, y ellos daban la impresión de aceptarlo sin problemas.

—Es un agrandado —le susurró Sabine a Ignacio con un mohín de resentimiento.

Poco a poco ambos se habían ido desgajando de la facción festiva de la expedición, mientras que la tía Gisela había optado, como siempre, por cerrar la comitiva caminando a su aire.

—Déjalo —reflexionó Ignacio—. Mejor que esté entretenido; así no te fastidia.

El recorrido debía estar ya por terminar, pues ahora se desplazaban por un sector de la casa en el que las últimas luces de la tarde lograban penetrar indirectamente. La lavandería tal vez o un patio interior. Tosca utilería de cartón que pretendía crear la ilusión de una arquitectura labrada en piedra y dos ídolos de mueca congelada conformaban la antesala del número final: la Momia de Guanajuato, supuso Ignacio. En el ángulo de lo que debía ser el recodo final del trayecto, recostado contra la pared, distinguió un sarcófago abierto que dejaba asomar una mano cubierta con restos de vendaje amarillento. Rafo, Goyo y los otros se habían detenido justo antes de encararlo y cuchicheaban entre sí, tramando algo. De pronto, cuando ya casi Sabine y él se les habían vuelto a unir, partieron riendo a la carrera y, a las voces de «¡peaje, peaje!», le encajaron a la momia una andanada de flemazos antes de doblar hacia la salida.

Como si en realidad estuviera despertando de un sueño milenario, el ocupante del sarcófago adelantó trabajosamente un pie y, con movimientos fraccionados, estiró el brazo que hasta ahora había permanecido oculto a la vista.

—¡Mocosos malnacidos! —gritó emergiendo de su encierro—. ¡Vayan a escupirle a su madre!

Al verlo aparecer delante de ellos con sus andrajos colgantes y bufando de cólera, Ignacio y Sabine también quisieron correr, pero ya era muy tarde: como una sombra enorme, la torre de trapos cegaba la salida y, con desplazamientos cada vez más rápidos, se les acercaba batiendo los brazos a manera de aspas. Ignacio sintió que su prima se apretaba contra él y un brote de coraje se encendió en su interior.

—Nosotros no hemos sido, señor... —balbuceó, sintiéndose inmediatamente ridículo.

La mole vaciló un segundo, sin dejar de gruñir, y su brazo izquierdo, envuelto en gasas y tirado completamente hacia la derecha, como el de un herido de guerra en una danza grotesca, mostró una grieta de escape.

—¡Por aquí! —empujó Ignacio a Sabine hacia la claridad y se lanzó tras ella.

El aspa gris, sin embargo, ya se balanceaba de regreso y alcanzó a arrancarle la gorra en el último instante. Debió dejar escapar alguna queja al sentir su cabeza desnuda, pues notó que Sabine demoraba su huida para mirar sobre el hombro y, luego, un espasmo de desagrado cruzándole el rostro. Un desagrado, pensó Ignacio, que ya no podía ser causado por la momia, que se había quedado atrás, retenida por la obligación de espantar al siguiente grupo de visitantes.

Sin razón para el apuro, optó entonces por caminar despacio, tratando de tragar el bochorno en esos últimos metros de luz difusa, indiferente al pañuelo que ahora su tía le colocaba sobre la cabeza para poder buscar luego su gorro por el suelo. Esa noche, decidió antes de poner un pie en la calle, tampoco tomaría la cápsula azul.

Caminas por la Mansión en penumbras, la espada pirata vibrando en tu mano. A derecha e izquierda del pasadizo se ofrecen puertas que alguien ha dejado entreabiertas como invitándote a explorar lo que guardan, y tras una de ellas nos apretamos nosotros, susurrando nuestro canto sin esperanzas. Por momentos nos decimos que quizás algún hilo de este lamento se cuele ya en tu sueño. ¿Pero cómo podrías distinguirlo cuando son tantos los ecos que te envuelven? A las letanías de la cabeza atrapada en la burbuja se suman los trinos del pájaro que se esconde en algún lugar de la noche, y la musiquilla de un órgano sin dueño te sigue como un mal presagio mientras avanzas receloso entre la niebla. Toda esa confusión sonora, además, te alcanza contaminada por una estática molesta que parece originarse detrás de la puerta final.

Entiendes que es hacia allí que diriges tus pasos, atraído y repelido a la vez por la luz turbia que se filtra por la cerradura. Del otro lado (por alguna razón lo sabes), hay un laboratorio o un consultorio, que es también un estanque en el que nada ya sin disfraz aquello que has venido a encontrar. ¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, canturreas entonces en un esfuerzo por desentenderte del zumbido que se torna intolerable cuando empiezas a empujar la puerta,* se vive sin trabajar*, o por ignorar tal vez que la gorra perdida en algún recodo del camino y la espada repentinamente despojada de todo atributo prodigioso te hacen sentir disminuido ante la cita inmensa,* cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar. *Síií, zambulles finalmente tu cabeza desnuda en esas aguas tocadas por un resplandor extraño,* ¡se queda en el fondo del mar!

DOMINGO

1

El domingo, Ignacio amaneció con unas líneas de fiebre, pero la tía Gisela decretó que se trataba solo de una calentura. No hacía falta, dijo, llamar al doctor Medina o alarmar innecesariamente a su mamá, pero igual lo hizo quedarse en cama, prometiéndole toda clase de engreimientos. A él, la verdad, los engreimientos lo tenían hastiado. Aunque en ocasiones le reportaban algún beneficio, su principal efecto era recordarle lo distinta que se había tornado su vida desde la aparición de la enfermedad y acrecentar sus deseos de acabar con las privaciones que le imponía. Como ahora, que el hecho de que le hubiesen traído la televisión al cuarto y lo acomodaran sobre almohadones de plumas no hacía otra cosa que alimentarle las ganas de emprender la aventura una vez más postergada.

Resignado, se pasó la mañana iniciando y abandonando juegos de mesa con su primo y echándole ocasionales miradas de melancolía a la laguna. Sabine había ido a pasar el día a casa de una amiga que hacía gimnasia rítmica con ella. Los ensayos para la presentación del jueves habían entrado en una etapa intensiva.

Hacia el mediodía, la tía Gisela vino a tomarle la fiebre y bromeó con la posibilidad de ponerle el termómetro «por la retaguardia», como hacían en los hospitales. Él rio de la ocurrencia con esfuerzo, más por compromiso que por otra cosa. Y le pareció que a Rafo le pasaba lo mismo. También él andaba de un ánimo sombrío, aunque por sus propias razones: a pesar de que no habían hablado al respecto, Ignacio sabía que se sentía avergonzado por su comportamiento de la tarde anterior. Se culpaba quizás del episodio al final del recorrido por la Mansión de los Horrores. Su amistad con Goyo y los otros revoltosos, por lo demás, le había durado poco. Al llegar a la salida ellos habían seguido corriendo sin despedirse y él había tenido que quedarse esperando en la puerta, bajo la mirada severa del boletero. Lo de los escupitajos, felizmente, nunca llegó a oídos de la tía Gisela. Perdida durante el viaje de regreso a la casa en un ensimismamiento misterioso, Sabine no había mencionado el asunto, librando así a su hermano de un castigo seguro.

La fiebre mantuvo su nivel venial hasta la hora de almuerzo, aunque en un momento Ignacio se sintió algo mareado y Rafo quiso avisarle a su mamá.

—No, deja; ahorita pasa —lo detuvo él.

Y su primo permaneció junto a la cama, contemplándolo con un gesto de desaliento que mantuvo hasta que lo llamaron para ir al repostero.

Al quedarse solo en la habitación, Ignacio encendió el televisor. En el único canal

que logró sintonizar sin tener que levantarse para manipular la antena pasaban uno de esos programas de concursos en los que obsequiaban detergentes y productos de belleza: una garantía de aburrimiento. No tuvo que esperar mucho, sin embargo, para que la tía Gisela apareciera en la puerta, decidida a alimentarlo. Traía una mesita plegable que se podía acomodar sobre la cama y detrás de ella venía Clemencia con el azafate, los cubiertos y todo lo demás.

—Te hemos hecho dieta: un pollito sancochado con verduras al vapor y gelatinita —le comunicó su tía, prendiéndole del cuello una servilleta.

Se dejó caer pesadamente sobre los almohadones. Detestaba esa afición por los diminutivos que los mayores sacaban a relucir cuando tenía que guardar cama.

—Y después, una tacita de manzanilla caliente para que me sudes toda esa fiebre —insistió la dueña de casa sin sospechar el disgusto que sus palabras producían en él.

Ignacio tomó aire, como armándose de paciencia.

—Gracias, tía —recitó y volvió a incorporarse para coger los cubiertos.

Poco después, mientras masticaba a solas un trozo de pollo sin asomo de sazón, cerró los ojos para auscultarse por dentro. Del mareo ya casi no quedaban rastros y la fiebre, si existía, no lo molestaba. Se podía decir que estaba bien. Todo lo bien que su condición habitualmente consentía, por lo menos. Llevado por el hilo de sus pensamientos, le dedicó una mirada de fastidio al frasco de las cápsulas azules. Tenía que desaparecer algunas más. La tía Gisela podía notar en cualquier momento que no las estaba tomando y armar un bochinche que acabaría arrastrándolo al último de los lugares a los que le apetecía ir.

Las visitas al consultorio del Jirón Washington, allá en el corazón grasiento de la ciudad, eran siempre un suplicio. No tanto por el dolor de las punciones o los exámenes humillantes, sino por los discretos gestos de angustia que el doctor Medina intercambiaba con su mamá mientras intentaba distraerlo con preguntas tontas sobre sus estudios. «A ver, ¿cómo se dice “gorro” en alemán?», lo retaba. Y si obtenía una respuesta decidida, ponía cara de duda y pasaba a otra materia. Terminada la cita, le repetía religiosamente que poco a poco estaba mejorando. Pero su voz cansada sugería otra cosa.

Con la cabeza pegada a la ventana, atisbó el mundo exterior con tristeza. La laguna, le pareció, se hinchaba y se encogía siguiendo una respiración secreta que lo invitaba a acometer lo que no podía... Una inspiración le iluminó de improviso la mente: en realidad, el único que estaba impedido de moverse de allí era él. Rafo, en cambio, podía intentar escaparse esa tarde a casa de Grendel y darle por lo menos una mirada al bote. Convencerlo no sería difícil, pensó. Y con nuevos ánimos se puso a canturrear la canción pirata mientras escarbaba con el tenedor entre las verduras.

2

—¿Y qué le digo a mi mamá para que me deje salir? —preguntó Rafo cuando, después del almuerzo, regresó al cuarto y escuchó la propuesta.

—Nada. Te vas nomás y regresas rapidito. Ella va a estar dormida. Y si se despierta, le digo que tuviste que ir a casa de Astrid a pedirle una tarea —improvisó Ignacio.

Los Schlegel vivían en la orilla opuesta de la laguna, más cerca del colegio que sus tíos, y ciertamente lejos de la casa de Grendel. Pero no hacía falta preocuparse por esos detalles. Una vez afuera y montado en la bicicleta (esta vez no había nada que cargar hasta la covacha y no había razón para ir a pie), Rafo podría tomar el rumbo que quisiera sin levantar sospechas.

—¿Y tú qué vas a hacer todo ese rato? —quiso saber su primo, ya persuadido de la efectividad del plan.

—Leo mi libro de leyendas; no te preocupes —lo tranquilizó él, palpando la tapa del volumen que un instante antes había colocado sobre su cama.

—¿Ese? Si ya te lo sabes de memoria.

—Ni creas, hay cosas que a veces me olvido...

Ignacio interrumpió su discurso porque escuchó pasos que se acercaban por el corredor.

—¿Te sientes bien, mi amor? —dijo la tía Gisela apareciendo de pronto bajo el umbral de la puerta y avanzando hacia él para ponerle una mano sobre la frente.

Como si la pregunta hubiera estado dirigida a él, Rafo asintió con gesto despreocupado.

—Sí, mejor —sonrió Ignacio, buscando sumarse al esfuerzo de su primo.

—Mmm, fiebre no hay, pero tienes una carita... —murmuró su tía.

Y adoptando una actitud reflexiva, agregó:

—Lo que vamos a hacer ahora es descansar todos un poco y más tarde te vuelvo a tomar la fiebre y decidimos si vale la pena que vayas mañana al colegio, ¿okey?

Ignacio sacudió afirmativamente la cabeza y la tía Gisela le pasó una última vez la mano por la frente, antes de emprender la retirada y advertirle a Rafo que, por cualquier cosa, la despertara.

Cuando sintieron que la puerta de la habitación de sus tíos se cerraba, Rafo se sopló despacio el flequillo y caminó hacia el ropero.

—¿Te acuerdas que te conté que yo también tenía una espada pirata? —dijo dándole la espalda a Ignacio—. Ahora te la voy a enseñar.

Retiró entonces uno de los cajones inferiores del mueble y tanteó con la mano el vacío, hasta dar con algo que procedió a extraer con cuidado.

—¡Aquí está! —anunció agitando el objeto sobre su cabeza—. ¡Esta sí que es una

espada pirata!

A pesar del movimiento de la mano, Ignacio logró distinguir un cuchillo largo, parecido al que usaban en la cocina de su casa, pero con la hoja muy oxidada y la empuñadura rota.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó sorprendido.

—Me lo encontré jugando un día en la playa y me lo traje escondido —explicó su primo, mientras hacía el ademán de acomodarse el cuchillo entre la correa y el pantalón.

—No te lo pongas ahí: vas a ir en bicicleta —le recordó él.

Pero Rafo parecía estar demasiado complacido con el poder que esa hoja filuda le confería y partió a su misión sin hacer caso del consejo.

Volvió a quedarse solo en el cuarto. Abrió el libro que sus manos no habían dejado de acariciar durante la conversación con Rafo y pasó algunas páginas, preguntándose qué historia releer. Un grabado de Sigfrido bañándose en la sangre del dragón, mil veces visto pero que funcionaba como un cepo ineludible cada vez que aparecía delante de sus ojos, pareció decidir las cosas. No bien se había asomado a las primeras noticias sobre el tesoro de los nibelungos, sin embargo, se dio cuenta de que la lectura se le hacía pesada. Decidió buscar una posición más cómoda. Volteó los almohadones y levantó sábana y frazada, sacudiéndolas un poco para que algo de aire fresco entrase en la cama, y al volver a echarse —esta vez sobre el lado derecho de su cuerpo — sintió agradecido el roce frío de la tela. Ahí abajo entre las piernas, no obstante, una sensación de adormecimiento no dejaba de molestarlo. Estiró el brazo para coger el control remoto de la televisión. Las leyendas podían esperar a que ese síntoma enojoso desapareciera.

En el canal con la imagen nítida transmitían ahora las carreras de caballos. Su papá, según solía contar el tío Bruno, era muy aficionado a ellas y alguna vez lo habían hecho ganar una pequeña fortuna. «Una pequeña fortuna —repetía siempre— que después transformó en deudas». ¿Habría algo de cierto en esa historia o era solo una de esas cosas que su tío se inventaba para encender la conversación en las reuniones familiares? Cómo saberlo. A él, en cualquier caso, esa tarde los caballos lo tenían sin cuidado.

Resolvió explorar lo que ofrecían los canales borrosos. En uno insistían con el asunto de los secuestros (los padres de la última víctima recibían llamadas de bromistas inescrupulosos) y en el otro era casi imposible descifrar lo que mostraban en la pantalla. Una sombra se arrastraba con pereza hacia una extensión más oscura todavía —un mar quizás o solo un charco de agua— y por momentos se detenía, como si hubiera cambiado de idea. Entre zumbidos y carraspeos, mientras tanto, una voz neutra recitaba algo sobre un parentesco con los sanguinarios reptiles de la era

secundaria, noventa millones de años atrás.

Ignacio se incorporó en la cama. Un raro estremecimiento le había recorrido el cuerpo. Aunque podía cazar a plena luz del día, el *niloticus* prefería hacerlo bajo las sombras de la noche, continuaba informando la voz. Era capaz de aguardar a sus presas oculto entre las plantas acuáticas durante el tiempo que hiciera falta y, cuando finalmente las tenía a una distancia adecuada, se lanzaba sobre ellas impulsándose con un violento coletazo. Si tenía suerte, las lograba aprisionar entre sus fauces y las sumergía para ahogarlas.

¿Qué clase de documental era el que había sintonizado? De rodillas sobre la cama, intentó mejorar la imagen con el contraste... Todo era inútil. Volvió a taparse con las sábanas y optó por concentrarse en el discurso. Las víctimas no eran devoradas de inmediato: eran abandonabas primero en algún refugio bajo el agua, hasta descomponerse, y solo entonces se animaba el *niloticus* a descuartizarlas con feroces dentelladas, para luego tragárselas pedazo a pedazo.

Ignacio había escuchado hasta ese punto la narración como un hipnotizado. Pero cuando la voz empezó a proporcionar datos sobre la religión de los antiguos egipcios y su veneración por ese predador de las aguas, perdió el interés y cerró los ojos. El cocodrilo, cayó en la cuenta justo antes de ceder al sueño, era un ingrediente de la historia del Capitán Garfio que todavía no había resuelto cómo incorporar al juego.

3

A Sabine la vinieron a dejar antes de que Rafo hubiera vuelto de su expedición, pero felizmente ni siquiera preguntó por él. Estaba tan agotada que fue directo a su cuarto y nadie supo más de ella hasta el día siguiente. A eso de las seis, sin embargo, Ignacio empezó a preocuparse por la demora de su primo. La tía Gisela ya debía haber despertado de la siesta y en cualquier momento aparecería por ahí para tomarle la fiebre.

Para su alivio, los minutos pasaron sin que su tía diera signos de vida, y Rafo llegó al ratito, muy excitado y contando historias increíbles sobre las maniobras que había tenido que improvisar en la bicicleta para despistar a los chow chow del Chuncho (que lo habían perseguido por un largo trecho), sobre un monito enano que, desde el árbol con la escalerita de soga, había espiado todo lo que hacía en el jardín de Grendel y sobre una primera travesía pirata que tuvo que interrumpir porque el bote se sacudía demasiado. Contento de verlo, Ignacio lo escuchó con indulgencia, fingiendo creerle todo.

—¿Y qué hiciste con el cuchillo? —le preguntó cuando concluyó el relato de sus correrías.

—Lo enterré justo debajo del bote —respondió él—. Me dio miedo que el monito se

lo robe.

Ignacio no había terminado de registrar lo que su primo le estaba diciendo cuando vio materializarse una vez más a la tía Gisela bajo el marco de la puerta. Estaba descalza y con el peinado revuelto por la siesta.

—Tu mamá está al teléfono —le anunció sin preámbulos—. Ponte tu bata y contesta en la salita de la tele. Pero no la hagas hablar mucho: acuérdate que tiene las cuerdas vocales delicadas.

Con una agilidad que lo sorprendió a él mismo, se desembarazó de la ropa de cama, alcanzó de un salto la silla donde estaba su karategui y, enfundándose en él de cualquier forma, se precipitó por el corredor.

—Tampoco te avientes con esa desesperación sobre el teléfono, criatura, que si no tu mamá va a pensar que aquí te estamos torturando —escuchó decir a la tía Gisela a sus espaldas, cuando ya cogía el auricular.

—¿Aló, mami? —balbuceó.

—Gordito, ¿cómo estás?

A pesar de que llegaba solo como un susurro, reconoció la voz de su madre y tuvo la impresión de no haberla escuchado en años. Hubiera querido saltar hasta el otro lado de la línea y abrazarse a ella, pero las palabras no le salieron ni para responder su sencilla pregunta.

—La tía Gisela me ha contado que el viernes te pegaste un atracón de pizzas —tomó entonces ella la iniciativa—. Eso no está bien, mi amor, porque las empachadas te dan gases y tú sabes cómo te duele la panza cuando estás así. Eso debe ser lo que te ha dado fiebre.

—No creo, porque en verdad no comí tanto. Lo que pasa es que comimos rápido.

—Mmm... —hizo un esfuerzo ella por aclararse la garganta—, yo creo que lo que pasa es que te están engriendo demasiado, ¿no?

—Más o menos.

—¿Y ahora estás con fiebre?

—No, ya no; creo que ya sudé todo —especuló él.

—Qué bueno, gordito, pero el viernes que vas a tu chequeo con el doctor Medina, no te olvides de contarle todo. Tu tía Gisela te va a acompañar y se va a quedar contigo todo el rato, igual que cuando vas conmigo, ¿ya?

—Ya —murmuró él, pensando que en realidad no sería igual.

—¿Estás tomando todos tus remedios? —inició ella el interrogatorio de rigor.

—Ajá.

—¿También las cápsulas azules?

—También —mintió.

—¿No has... tenido ningún malestar?, ¿no te ha dolido... nada?

La voz de su mamá se apagaba por momentos, como alejándose o como si la línea

sufriera alguna interferencia. Pero después volvía, siempre un poco más débil.

—Nada, nada, mami.

—Y de las... pesadillas, ¿cómo andas? ¿Has... estado durmiendo tranquilo?

—Mami —la interrumpió él—, ¿mañana la tía Gisela me puede llevar a visitarte?

—Ay, mi amor... —suspiró ella después de un breve silencio—, qué más quisiera yo; pero... no podemos. Fíjate que recién han pasado tres días y yo... todavía sigo pésima. El doctor Medina ya te ha... explicado que estás con... las defensas bajas y que por cualquier... tontería te puedes enfermar de otra... cosa más.

Ignacio tuvo la impresión de que del otro lado de la línea su mamá se extinguía.

—¿Y si me quedo en la puerta del cuarto y te veo desde afuerita, como cuando nos despedimos? —hizo un último esfuerzo por recobrarla.

—Tampoco... porque los microbios... están en el aire y... te puedo contagiar igual.

Ya no dijo nada. Se limitó a responder alguna pregunta más y luego, mientras escuchaba ese resuello remoto que ya no podía ser la voz de su mamá, mandándole besos y recomendándole que no hiciera regañar a su tía, pensó distraídamente que no tardaría en anochecer.

Timbra el teléfono. Liado como estás en el empeño de ajustar la imagen del televisor, lo dejas timbrar. «Bromistas inescrupulosos», te advierte una voz que surge de la pantalla. Pero se equivoca: somos nosotros, persuadidos de que esta vez sí conseguiremos llegar a ti. Solo hace falta que extiendas el brazo y alcances el auricular que, palpitante, te reclama desde la mesa de noche. Pero tú, demasiado absorto en tu lucha con la antena, no le das importancia. Te urge conocer las formas precisas de ese bulto que se arrastra pesadamente a través del rectángulo que tienes delante y sabes que, si no te apresuras, se sumergirá en la laguna y no tendrás más remedio que seguirlo.

El teléfono vuelve a sonar. Arrodillado sobre la cama, reaccionas con un gesto de fastidio: la silueta pisa ya la orilla y la borrasca que cubre la pantalla no tiene cuándo ceder. ¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, cantas mientras golpeas el aparato con impaciencia,* se vive sin trabajar, *comprendiendo poco a poco que tu esfuerzo está condenado al fracaso,* cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar. Síííí, *te decides entonces a contestar el teléfono,* ¡se queda en el fondo del mar!

LUNES

1

Tras la tregua del fin de semana, las dos horas de Matemáticas con las que cada lunes se iniciaba la jornada eran una forma brusca de volver a la realidad del colegio. A muchos la materia misma les resultaba intragable, pero era más que nada *Herr* Mädel quien hacía de esas reuniones un evento fatigoso y cargado de tensión. Hombre de trato cortante, Mädel sumaba a sus funciones de profesor las de responsable de la disciplina escolar y eso lo convertía en un personaje temible. Su cabello rojizo y la delicadeza casi femenina de sus facciones le imprimían, además, un aire de crueldad que convenía a su cargo. Por eso, durante sus clases no volaba ni una mosca y hasta el Chuncho Kessler permanecía rígido en su carpeta.

No todo lo relacionado con *Herr* Mädel, sin embargo, era motivo de aprensión. En ocasiones, sus lecciones se transformaban sin razón aparente en charlas vivaces y amenas, salpicadas de anécdotas de su infancia que tenían siempre como telón de fondo la guerra. Pero lo que más contribuía a mostrarlo bajo una luz distinta era su costumbre de cerrar los ojos durante largos periodos oratorios mientras despedía pequeñas partículas de saliva hacia todos lados: un hábito que le había ganado entre los de secundaria el apodo de «La Ducha». Se decía, incluso, que en algunas oportunidades los de quinto llegaban a aprovechar sus interminables parpadeos y fingían jabonarse frente a él. Pero Ignacio no conocía a nadie que hubiese visto con sus propios ojos semejante audacia.

De cualquier forma, ninguna de esas fisuras en la severidad de Mädel era suficiente para evitar que para él también las clases de Matemáticas se convirtieran con frecuencia en largas sesiones de inmovilidad, en una sucesión de instantes que se dilataban hasta el infinito y le provocaban angustia, porque lo hacían imaginar que nunca saldría de ahí. Y exactamente así era como se sentía esa mañana: fastidiado, ansioso, con la vaga sensación de no haber dormido bien. Ni siquiera la vista de la laguna, que otras veces le procuraba distracción o consuelo, servía en esta oportunidad para mitigar su desasosiego.

Se revolvió aburrido en su asiento, solo para probar que podía hacerlo. Un hormigueo le subía por la pierna izquierda hasta el abdomen, y no sabía si atribuirlo a la falta de movimiento o al otro problema. Volvió a cambiar de posición. Rafo volteó hacia él y le dirigió una mirada interrogante. A manera de respuesta, Ignacio entornó los ojos y se tapó la boca para atajar un bostezo. Sí, definitivamente había dormido mal. Hizo un esfuerzo por prestar atención. Adelante, con la tiza en la mano, *Herr* Mädel hablaba con voz apagada y parecía trazar un dibujo en el aire.

Por increíble que pareciera, en algún momento el timbre sonó y tras indicarles su tarea, Mädel cogió sus cosas y, con un prolongado parpadeo, se retiró. Contemplando el salón desde su sitio, Ignacio tuvo la impresión de hallarse en una galería de estatuas que de pronto, a la invocación de un conjuro, cobraban vida y abandonaban sus lugares, desperezándose y parloteando, haciendo que una enorme conmoción se apoderara del ambiente. Como en una gran feria, unos intercambiaban figuritas, otros relataban a voz en cuello sus proezas del fin de semana y no faltaban los que copiaban alguna tarea pendiente a toda prisa. En medio del tumulto, Ignacio detectó la figura larga y atezada del Chuncho Kessler avanzando hacia la zona donde él y Rafo se sentaban. Lo seguían Corvetto y la comitiva de siempre, todos en actitud de matones. ¿Venían por ellos? ¿Había advertido el Chuncho después de todo el pequeño tormento al que habían sometido el sábado a sus perros? Rogó que no fuera así: aunque con él no se atrevería a meterse, con su primo no tendría miramientos y de seguro lo haría sufrir por los dos. Con un ligero movimiento del codo, puso a Rafo sobre aviso y, tensos, ambos se quedaron vigilando el desplazamiento del piquete de abusones que se les acercaba.

Ignacio recordó por un instante sus antiguas lecciones de karate. ¿Tendría las fuerzas como para intentar alguna de las patadas que aprendió cuando estaba sano? La pregunta quedó en el aire, pues milagrosamente, casi rozándolos pero sin siquiera desviar la mirada hacia ellos, el Chuncho y los demás pasaron de largo y continuaron su marcha devastadora hacia las primeras filas.

Con una sensación de alivio, Ignacio se dejó arrastrar también por la turba de muchachos y la siguió a la distancia, urgido por algo que no sabía si era curiosidad o inercia, hasta por fin verla detenerse junto a la carpeta que Astrid Schlegel compartía con Burga, un chico introvertido que había llegado a principio del bimestre de Arequipa.

—¡Los novios! —exclamó el Chuncho plantándose delante de ellos y fingiendo que les tomaba una foto.

Astrid alejó instintivamente su silla de la de su compañero.

—No somos novios —protestó.

—¿Cómo que no? Si todos los días están aquí juntitos —insistió el Chuncho entre las risas de su comparsa.

—Yo no lo escogí —replicó Astrid—. *Frau* Ortega nos sentó así.

El Chuncho le dedicó una mirada de reprobación.

—Qué mal que lo niegues… —dijo—. ¿No será que te da vergüenza porque es serrano?

Esta vez las risas de sus secuaces vinieron acompañadas de silbidos y otras muestras de escarnio que precipitaron un giro en la situación que nadie esperaba: Burga, que hasta ese momento había permanecido callado, saltó de su asiento con el

rostro enrojecido y respondió indignado:

—¡Cuál serrano, oye! —vociferó—. ¡Si aquí todos sabemos que el único chuncho y cholo eres tú!

El Chuncho retrocedió un pie, igual que si hubiese recibido un empujón. Su rostro desencajado revelaba bochorno y desconcierto. Ignacio notó que bruscamente los rumores de la clase se habían extinguido. ¿Qué iba a pasar ahora? Después de la explosión de ira, Burga había perdido color pero continuaba de pie, dispuesto al parecer a enfrentar las consecuencias de su osadía.

Pasaron así algunos segundos antes de que el Chuncho diera signos de estar recuperando el aplomo. Pero finalmente sacudió la cabeza, como si el alma le hubiese vuelto al cuerpo, y dio inicio a una especie de perverso acto circense. Con el cuidado de un acróbata, se arrodilló sobre la carpeta que se interponía entre él y la supuesta pareja de novios y, chasqueando la lengua de una forma extraña, se acercó lentamente a Burga.

«Lo va a matar», pensó Ignacio. Y sus ojos buscaron la puerta. ¿Qué pasaba con *Frau* Ortega? ¿Por qué demoraba tanto en llegar? Con la mano extendida, el Chuncho simulaba ahora pases de magia a escasos centímetros del rostro de su presa, mientras Corvetto hacía el teatro de no querer mirar lo que iba a suceder.

—¡Kessler es un apellido alemán! —chilló por fin cogiendo de una patilla al insensato que se había atrevido a retarlo—. A-le-mán, no cholo como Burga.

Apretando los dientes, Burga soportaba el dolor y trataba de apartarse de su agresor sin éxito, mientras este renovaba el pellizco y repetía con furioso silabeo: «a-le-mán, a-le-mán…».

—Sí, pero alemán de Chanchamayo —intervino alguien de pronto desde atrás, dejando a todos nuevamente de una pieza.

Ignacio no necesitó volver la cabeza para saber de quién se trataba. Conocía la expresión de memoria, pues la había escuchado muchas veces en boca de su tía Gisela y siempre en referencia expresa a los Kessler. A pesar de que la encontraba graciosa, nunca había estado completamente seguro de que la frase fuese una ofensa, pero ahora, se temía, sus dudas estaban a punto de ser despejadas.

Desembarazándose de Burga con un empellón, el Chuncho bajó de la mesa con una pirueta y antes de que Rafo pudiera huir hacia el fondo de salón lo aferró de un brazo.

—¿Qué has dicho? —le gritó, golpeándolo en la boca del estómago—. ¿Qué has dicho?

Rafo trató de articular una palabra, pero el Chuncho lo calló de un cocacho y lo dobló cogiéndolo del pescuezo. Entre zarandeos y coscorrones, empezó entonces a llevarlo de un lado para el otro mientras mascullaba un discurso inaudible, hasta de pronto detenerse, como falto de imaginación para idear nuevos abusos.

Ignacio comprendió que era la ocasión de salvar a su primo. Sin pensarlo dos veces,

se arrojó entre él y su verdugo, que ya se disponía a reiniciar la paliza, y consiguió provocarle el suficiente desconcierto como para que dejara el brazo con el que iba a descargar la siguiente trompada congelado.

—¡Viene la *Frau*! —avisó alguien desde la puerta.

Pero para el Chuncho ya era muy tarde: de una visita a la oficina de *Herr* Mädel y una andanada de penitencias ejemplares nadie lo libraba.

2

Los castigos por el rapto de violencia fueron efectivamente muchos y severos. Lo supieron esa misma mañana antes de que sonara el timbre que marcaba el final de la jornada. Ninguno de ellos, no obstante, le sirvió de consuelo a Rafo, que se pasó el resto del día abatido y encerrado en sus pensamientos. ¿Qué lo había empujado a inmiscuirse en un pleito que no era suyo y del que inevitablemente saldría magullado? Probablemente ni él lo sabía. La rabia acumulada contra el Chuncho quizás, o tal vez un deseo secreto de impresionar a Astrid (Ignacio había notado que su primo se comportaba de modo extraño cuando la tenía cerca). Si esa había sido su intención, en cualquier caso, la cosa le había salido chueca, porque ahora ella lo había visto lloroso y apaleado. Y eso no impresionaba a nadie.

De regreso en la casa, la tía Gisela trató de animarlo.

—Alemán de Chanchamayo, muy bien dicho —lo palmeaba en el hombro como a un camarada—. Estos Kessler creen que porque un bisabuelo vino a sembrar yucas en la selva y les dejó el apellido ya son como Bismarck. ¿Y toda la mezcla que vino después?

Ignacio la escuchaba sin sorpresa. Dudar de la pureza de origen de cualquier familia alemana que no fuera la suya era uno de sus pasatiempos favoritos. «Mi papá llegó aquí en el 46, pero fue como si nunca hubiese salido de Rüdesheim», recitaba cada vez que la oportunidad se ofrecía. Y tanto él como sus primos se sentían en la obligación de seguirle un rato la cuerda, a pesar de que al abuelo Werner lo recordaban solo brumosamente.

—Tan teutón seguía siendo el Opa, que a ti te andaba cambiando de nombre —le repetía permanentemente a Ignacio, tratando de captar su atención—. Gert, te decía, porque él siempre quiso que te pusieran así... Pero tú papá se especializaba en llevarle la contra.

Picado en la curiosidad, ensayaba él entonces preguntas que pudieran franquearle el acceso a toda esa información sobre su padre que los adultos invariablemente le retaceaban, pero su tía sabía esquivarlas con estilo.

—En esa época estaba de moda ser rebelde... —se limitaba a explicar.

Y en ocasiones añadía:

—Aunque algunos, a pesar de todo, salimos obedientes.

Era su forma de aludir al hecho de que sus primos sí hubieran recibido nombres alemanes. Rafo, secretamente, se llamaba Jürgen, pero como detestaba que le dijeran así, se las había arreglado para imponer la distorsión cariñosa de su segundo nombre como su apelativo oficial. Sabine, en cambio, que tampoco se sentía a gusto con el suyo («suena a vinagre», solía decir en son de protesta), no había podido ofrecer una resistencia eficaz y había tenido que conformarse con lo que le tocó el día del bautizo.

—Sabine Farfán —se reía de ella el tío Bruno—, a ti sí que tu abuelo te fregó con ese injerto.

A su mamá, los devaneos de la tía Gisela sobre el abolengo alemán de la familia también le parecían motivo de risa. A escondidas, solía burlarse de su afán por introducir en la conversación expresiones como «Gott sei Dank» o «Natürlich», que ni ella ni el tío Bruno podían entender. Pero, a juzgar por lo que había sucedido luego, la idea de mandarlo a estudiar a la «Deutsche Schule» con sus primos no debió de parecerle tan descabellada cuando el abuelo Werner la propuso. Para la época en la que se tuvo que tomar una decisión al respecto, además, su papá ya no estaba ahí para oponerse.

Lo cierto, de cualquier forma, era que habían sido los ecos de esos mismos devaneos los que le habían acarreado esa mañana a Rafo la zurra cuyas heridas ahora se lamía. Y por eso, tal vez, las disquisiciones de la tía Gisela no conseguían consolarlo.

—Me voy al cuarto —musitó cuando, con esfuerzo, terminó el estofado que les habían servido de almuerzo.

Y a Ignacio le quedó claro que tampoco esa tarde navegarían en la laguna.

3

Por la noche, cuando volvió de la oficina y se sentó con todos a la mesa, el tío Bruno quiso conocer los detalles de lo ocurrido. Rafo estaba ya un poco más comunicativo, pero en general dejó que Ignacio llevase la voz cantante en la recapitulación del episodio. Ninguno de los dos, eso sí, mencionó la forma en que él se había introducido en medio de la refriega para evitar el golpe final del Chuncho. Sabían que una revelación así podía terminar volviéndose contra ellos: contra Ignacio, por exponerse a salir lastimado; y contra Rafo, por permitirlo. «Tú sabes que tu primo es como un cristal fino», lo reprendería como siempre la tía Gisela y sabe Dios en qué podía derivar eso. Mejor era dejar la historia como estaba y aprovechar que todos en la casa, Sabine incluida, estaban esta vez del lado de Rafo.

Cuando Ignacio terminó su relato, el tío Bruno se quitó los lentes e hizo un único comentario:

—Fue valiente defender al arequipeño —dijo.

Y Rafo se retiró el cerquillo de la frente para dejar ver un gesto que a Ignacio le pareció de satisfacción.

El hecho de que Astrid hubiese estado involucrada en el incidente, sin embargo, le trajo a la tía Gisela un asunto distinto a la memoria.

—No sabes... —le comentó al tío Bruno—. Parece que los Schlegel se han separado y en muy malos términos.

—Hace tiempo que andaban mal —repuso él, sin mostrar sorpresa.

—Sí, pero ahora Rolf ha tenido que irse de la casa y ha amenazado con pelear por la custodia de Astrid.

—Esa pobre chica... —observó el tío Bruno, antes de volver a colocarse los lentes y levantarse de la mesa, dando la cena por terminada.

Esa noche, el frasco de las cápsulas azules continuó acumulando polvo. Ignacio ni siquiera se dio el trabajo de retirar unas cuantas, como tenía originalmente planeado, para sostener la farsa de que las estaba tomando. Al llegar al cuarto, mientras Rafo organizaba la escalera de cajones que le permitiría alcanzar las gomas con las que se gratificaba al final de cada día, se limitó a buscar su piyama debajo de la almohada, donde Clemencia la dejaba cada mañana, bien doblada junto a su espada pirata.

Extrajo ambas cosas de esa especie de escondrijo natural y las colocó sobre la colcha sin dedicarles mucha atención (la hoja de juguete había perdido su brillo desde que había visto el cuchillo de su primo). Al extender el enterizo de franela sobre el cubrecama, sin embargo, se llevó una sorpresa: alguien había dejado enredado entre sus pliegues un rosario. Lo cogió con cuidado y, sin saber si debía indignarse o estar agradecido, lo depositó al lado de su libro de leyendas, en un rincón de la mesa de noche.

Apartándose luego hacia un extremo de la cama, se quitó lentamente la gorra y empezó el ritual de desnudarse dándole la espalda a Rafo. ¿Había crecido la hinchazón allá abajo? No podía decirlo. Para establecerlo con seguridad, se requería un movimiento que no podía ejecutar sin poner su problema en evidencia. Mientras comenzaba a enfundarse en el piyama, se preguntó si debía deshacerse de la vieja espada de plástico, ahora que había sido despojada de toda magia. Pero al final resolvió devolverla a su lugar y conservarla: siempre era bueno tener algo a lo que aferrarse cuando los sueños turbadores lo despertaban en la oscuridad de la habitación.

Cuando por fin giró de nuevo, listo para deslizarse entre las sábanas, descubrió que su primo le había dejado una de sus gomas sobre la mesa de noche.

—Gracias —murmuró llevándosela a la boca.

Y Rafo solo respondió con una sonrisa triste antes de apagar la luz.

¿Cómo te llamas realmente? ¿Gert? ¿Ignacio? ¿Garfio quizás? Mientras aguardas que termine la clase, te lo preguntas desconcertado. Nadie puede ser tantas cosas a la vez, te dices. Pero nosotros sabemos que te equivocas, porque a veces somos pieles rojas y a veces piratas. Y a veces podemos incluso modular nuestras voces para que semejen el canto de las sirenas. Pero nunca dejamos de ser esto que somos y que nos permite susurrarte ahora que todo sigue su curso y que al final tú también podrás vestir estas pieles.

Alertado por el rumor que por fin empiezas a advertir, dejas de revolverte incómodo en tu asiento y tratas de olvidar el hormigueo que asciende desde el abdomen para extenderse por todo tu cuerpo. No bien suene el timbre, te prometes, abandonarás el salón, llegarás a la orilla y te harás a la mar… Pero el tiempo no avanza, o se dilata exasperantemente, provocándote la sensación de que nunca saldrás de ese lugar. Y en tu desazón, aguzas el oído, como implorando una guía.

¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!, *decidimos entonces recordarte nosotros*, se vive sin trabajar, *y al conjuro de nuestras voces un reloj se echa a andar en el fondo oscuro de la laguna,* cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar. Síií, *confirmas tú al descubrirte trasladado de pronto a la escena liminar*, ¡se queda en el fondo del mar!

MARTES

1

Otro día en el colegio, otra jornada tachonada de vetos y excepciones. Algo así era lo que se decía Ignacio a la mañana siguiente, mientras bajaba por la escalera que conducía al pabellón de primaria. La maleta pesaba como si alguien se la hubiese atiborrado de piedras antes de salir de casa de sus tíos.

Apurado por librarse de ella, avanzaba hacia el salón escoltado por Rafo, que trataba de mimetizarse tras cada columna que aparecía en el camino. Temía de seguro un encuentro con el Chuncho. O con Astrid, quién sabía. Los alumnos que vivían en los alrededores de la laguna solían llegar más temprano que el común de sus compañeros al colegio y deambulaban por corredores y patios sin mucho que hacer hasta que sonara el timbre de la primera hora. Esa mañana, no obstante, nadie asomó por la clase antes de que eso ocurriera, y cuando *Frau* Cubas, puntual y enérgica, pasó por la puerta rumbo a su escritorio, Rafo respiró tranquilo.

Era ella prácticamente la única maestra de Historia de primaria y ejercía sobre todos sus estudiantes una autoridad particular. Varios años mayor que cualquier otro profesor del colegio, imponía respeto con sus canas (teñirse el pelo, solía reflexionar en voz alta, era una majadería de mujeres que no sabían envejecer) y tenía la costumbre de coronar sus relatos sobre los eventos del pasado con moralejas en las que siempre parecía existir una advertencia escondida. Por eso a Ignacio no lo sorprendió mucho que ese día invirtiera buena parte de su tiempo en hablar sobre los matones juveniles y la dura vida que los esperaba en los reformatorios, para solo al final pasar a la rápida por una lista parcial de los precursores de la Independencia que ellos tendrían que completar en casa.

En la clase de Religión sucedió algo parecido. Una vez que los protestantes partieron como todos los martes hacia al auditorio con el pastor Krauze, el hermano Julio sometió a los católicos a un sermón sobre un tema que no podía ser producto del azar: el pecado de la violencia. El episodio de la víspera, al parecer, había llegado a oídos de todo el profesorado. El Chuncho, sin embargo, escuchó todos esos discursos supuestamente destinados a hacerlo recapacitar como si estuvieran dirigidos a otra persona, haciendo garabatos en su cuaderno o dormitando en su refugio al fondo del salón, hasta que sonó el timbre del recreo.

En el patio, Rafo no quiso correr riesgos y arrastró a Ignacio a sentarse cerca de *Herr* Glocker, el profesor de Alemán de los de segundo, que esa mañana tenía a su cargo la vigilancia de los alumnos durante el descanso, y todo transcurrió sin novedad.

Terminado el recreo, tocaban dos horas de gimnasia, un curso del que Ignacio estaba exonerado. Durante ese largo periodo, se suponía, debía permanecer en la biblioteca dedicado a alguna tarea útil, pero en realidad se le permitía vagar por los ambientes del colegio a su antojo. Por lo común, espiaba un rato los ejercicios de las chicas del salón, que hacían clase aparte con la señora Ordóñez, hasta que sus brincos delicados y sus risas disforzadas le producían un raro cosquilleo que lo impulsaba a buscar otro lugar donde matar el tiempo.

Ese martes no fue distinto a los otros, salvo por el hecho de que al descender de la terraza desde donde se dominaba el gimnasio que albergaba a las niñas y a su profesora, sus pasos lo llevaron poco a poco hasta el borde de la laguna. Una pequeña saliente de piedra asomaba allí entre la vegetación de la orilla, invitándolo a echarse sobre ella a contemplar la extensión grisácea. Lo hizo y casi de inmediato se sintió arrepentido: temblando sobre la superficie del agua, su reflejo se insinuaba como la única visión posible y lo que le mostraba era un ser abotagado y decrépito, incapaz de inspirar otro sentimiento que la repulsión o la lástima. Apartar los ojos de esa imagen dolorosa, sin embargo, no parecía posible…

Una silueta distinta a la suya se introdujo de pronto en el reflejo, sacándolo del trance y haciéndolo volver la mirada. Era Otoya, el guardián del colegio, que a veces cumplía también funciones de jardinero en la huerta.

—¿Qué haces acá solito, oye? —lo reprendió sin severidad—. ¿Te has escapado de tu clase?

—No, lo que pasa es que estoy en hora de gimnasia y como no puedo hacer ejercicios, tengo permiso...

—¿Permiso para qué? ¿Para venir hasta aquí y meterte a la laguna? —continuó Otoya forzando ahora un tono de reproche—. No creo.

—Para pasear por el colegio —se defendió Ignacio incorporándose lentamente sobre la piedra—. Además, no me estaba metiendo a la laguna.

—Bueno, pero aquí no puedes estar. Vamos, vamos donde el profesor que seguro estará preocupado.

El guardián lo ayudó a ponerse de pie y luego los dos caminaron juntos y ya sin decir nada hacia la cancha de fútbol, donde siempre terminaban las clases de deportes. Una sola vez rompió Ignacio el silencio durante el largo trayecto.

—¿Encontró al final a su perrita? —le preguntó a su acompañante.

Y Otoya se limitó a menear la cabeza con aire apesadumbrado.

2

En la cancha, los chicos de la clase, unos con una banda azul atravesada sobre el polo blanco y otros con una banda roja, se disputaban la pelota. La mayoría, con

torpeza. Después de la ardua rutina de raneos, carreras y saltos a la que el profesor Goyzueta los sometía al inicio de cada clase, el partido de fútbol era un fin de fiesta gozoso y democrático del que, sin importar las habilidades de cada quien, participaban todos. O casi todos.

Esta vez, no obstante, Ignacio no era el único excluido: sentado en una banca al lado del campo, el Chuncho Kessler observaba el *match* con cara larga. Entre las múltiples sanciones que habían caído sobre él por lo sucedido el día anterior, estaba la de no poder practicar su deporte favorito en todo un mes.

Ignacio decidió acomodarse lejos de él. Miedo a sus brotes de furia no tenía; estaba visto que a él jamás se atrevería a golpearlo. Pero una amenaza contra Rafo sí que podía soltarla y luego sería difícil decidir qué hacer con ella. En un confín remoto de la cancha, desterrado como guardavallas del equipo rojo, su primo hablaba con un delantero rival que se había quedado rezagado tras el último repliegue de sus compañeros.

La pelota pasó rodando cerca de donde Ignacio se encontraba. Un agobiado defensa de la escuadra azul la había echado fuera para cortar una avanzada enemiga. Pensó en ir a buscarla, pero antes de que pudiera reaccionar, el Chuncho ya estaba a su lado, enviándola de regreso al campo con una limpia patada.

—Todos son unas madres —rezongó—. Por las puras les devuelvo la bola.

Aunque no parecía tener un destinatario definido, el comentario era una manera de iniciar conversación. Una circunstancia extraña, pensó Ignacio, porque, a lo sumo, el camorrista de la clase le habría dirigido la palabra tres veces en toda su vida. Y siempre para ordenarle que se hiciera a un lado o algo parecido. ¿Qué interés podía tener entonces en trabar ahora una cháchara casual con él?

Ajeno a su desconcierto, el Chuncho se acuclilló a poca distancia e inició un incómodo interrogatorio.

—¿Cómo se llama tu enfermedad? —le preguntó sin rodeos.

Ignacio se demoró en responder.

—No sé, nunca me dicen el nombre —confesó finalmente—. Pero es algo que se mete en la sangre.

—¿Y por qué te hinchas y te quedas calvo?

—Eso no es por la enfermedad, sino por los remedios.

—¡Qué tales remedios! —abrió los ojos desmesuradamente el Chuncho—. ¿Y cuánto se van a demorar en curarte?

—Años, creo...

El Chuncho asintió ligeramente y luego se puso a mover la cabeza de un lado para otro, como si librase una batalla interna para elegir un tema con el que continuar el diálogo. Allá lejos, en el otro extremo del campo, Rafo acababa de atajar aparatosamente un pelotazo inocuo. No daba signos de haber registrado la insólita

tertulia en la que él estaba atrapado.

—Tu primo… —empezó de nuevo el Chuncho como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Ayer lo salvaste de un puñetazo que se merecía.

El movimiento de cabeza se había iniciado otra vez.

—No por lo que dijo, ah —añadió de pronto ante la ausencia de respuesta de parte de Ignacio.

—¿Y entonces por qué? —quiso saber él.

—El otro día se metió a casa de Grendel…

Ignacio se quedó de una pieza.

—¿Tú conocías a Grendel? —preguntó para ganar tiempo.

La gravedad de lo que acababa de escuchar lo había alcanzado como un rayo: el secreto de la covacha estaba expuesto y la persona que se hallaba a un paso de descubrirlo representaba quizás la peor de las amenazas para sus planes.

—Claro, como me gustan los animales, Grendel me dejaba ir a su casa para darles de comer y esas cosas —respondió el Chuncho, cayendo por un instante en el ardid.

Pero inmediatamente volvió a la carga.

—El domingo tu primo se metió a su jardín por un hueco que yo también conozco —dijo—. Él creía que nadie lo estaba viendo, pero yo lo vi.

Tal vez la historia que Rafo había contado no era del todo falsa. ¿No había mencionado él que los chow chow lo habían perseguido por un largo trecho mientras pedaleaba hacia la casa de Grendel? El Chuncho, según parecía, había ido detrás de sus perros, en su propia bicicleta sin duda, y había sido testigo de la furtiva incursión. ¿Pero por qué no lo había hecho público?

Sin saber qué decir, optó por repetir lo que había oído, pero tratando de sonar sorprendido.

—¿Se me-metió a su jardín? —tartamudeó.

—No te hagas, bien que sabes; de repente tú también has estado ahí alguna vez —dijo el Chuncho sonando fastidiado y volviendo a ponerse de pie.

Y antes de comenzar a alejarse, le advirtió:

—Yo que ustedes no haría eso.

Un rato después, cuando se enteró de la extraña charla, Rafo pasó rápidamente de la indignación al pánico. Le molestó al principio el trato casi amable que Ignacio le había dispensado al Chuncho al responder a sus preguntas, pero de inmediato cayó en la cuenta de que su última frase —«Yo que ustedes no haría eso»— tenía un sabor a amenaza.

—Si regresamos a la casa de Grendel, me va a pegar de nuevo —concluyó alarmado mientras caminaban de los vestuarios al salón para la siguiente clase.

—No creo que se atreva —trató de tranquilizarlo él—. ¿Te imaginas cómo lo

castigarían?

Nada, sin embargo, lograba quitarle a su primo la idea de que había recibido un ultimátum. Ni siquiera la observación de que si el Chuncho tuviera todavía ganas de perjudicarlo, ya habría revelado lo que sabía.

—Es bien raro que no te haya acusado —le decía Ignacio una y otra vez repasando el asunto en su cabeza.

Pero Rafo hacía como que no hubiese escuchado. Hasta que por fin, cuando *Frau* Ortega entró a la clase para repartir las notas del dictado que les había tomado la semana anterior, le susurró:

—Lo que pasa es que es tan bruto que ni se le ha ocurrido.

3

Esa tarde, mientras hacía sus tareas junto a Rafo, un solo pensamiento torturaba a Ignacio: la aventura pirata, ahora sí, se había ido al traste. Ya no era una cuestión de postergarla o tomar precauciones extremas antes de emprenderla. Su primo sencillamente le había cogido alergia a la idea y no había quién lo convenciera de que el Chuncho no estaba a las puertas de la casa, esperando a que pusiera un pie en la calle para volver a pescarlo del cogote.

Los deberes los hacían siempre en la salita de la tele, donde la tía Gisela le había acondicionado también a él un escritorio, y como desde allí no se veía la laguna, Ignacio buscó un pretexto para entrar a la habitación que compartía con Rafo y contemplarla un instante. En casa de sus tíos, la extensión de agua era solo visible desde los dormitorios, pues no tenían ellos uno de esos jardines que descendían hasta la orilla del estanque o remataban en un pequeño embarcadero. Sabía que ese era el caso de muchas de las familias del lugar. Era claro, por ejemplo, que ni los Kessler ni los Zubiate, que vivían un poco más pegados al cerro, disponían de ese lujo. Pero los Schlegel aparentemente sí, pues Astrid solía contar en la clase que le gustaba mojarse los pies cuando su mamá no la estaba vigilando. «A veces me meto hasta las rodillas», les confiaba a las chicas que se sentaban cerca de ella, pero lo hacía en un tono de voz tan poco confidencial que era difícil no enterarse.

¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!, la canción vino esta vez a su mente como entonada por una multitud lejana, *se vive sin trabajar* (igual que los enfermos, pensó), *cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar*. Las voces pronto se diluyeron hasta quedar transformadas en un bisbiseo ininteligible y mientras se decía que la defección de Rafo lo obligaría a replantear el juego, se descubrió musitando el verso final del himno como una plegaria. *Síí*, susurró con una devoción extraña, *¡se queda en el fondo del mar!*

De regreso en la salita de la tele, Ignacio empezó a encontrarle virtudes a la nueva situación: en el bote solo cabía uno y si las cosas hubieran permanecido como estaban, el privilegio de ocupar ese lugar habría tenido que turnárselo con Rafo. Ahora, en cambio, la diversión le estaría reservada solo a él. De Sabine, por otra parte, no tenía que preocuparse. No haberla puesto al tanto de lo avanzado que estaba el plan había sido después de todo un acierto. Ella, además, no había vuelto a mencionar el asunto en semanas, así que todo indicaba que el entusiasmo con el que originalmente había acogido la idea del juego había sido una fiebre pasajera.

Algunos asuntos, sin embargo, quedaban por resolver antes de embarcarse en la travesía pirata. Para empezar, no era claro si escaparse a la covacha sin que nadie en casa de sus tíos lo notase sería posible. Y de otro lado, una vez allá, iba a necesitar de grandes dosis de imaginación para lograr que la puesta en escena del drama que poco a poco había ido tomando forma en su mente no fuera un triste ejercicio solitario.

Hacia el final de la tarde, cuando ya habían terminado las tareas y estaban sentados frente a la tele, la tía Gisela apareció en la salita con el teléfono en la mano.

—Tu mamá ahora sí que perdió la voz por completo —le informó a Ignacio, extendiéndole el aparato—. Dice que le hables, que quiere escucharte, aunque no pueda responder…

—Mejor no —meneó él la cabeza—. Me va a dar pena. Dile que estoy bien, que no se preocupe.

La tía Gisela quedó desconcertada con su respuesta.

—¿Estás seguro? —lo apremió.

—Sí, tía, mejor —insistió él sin apartar los ojos de la pantalla y sintiendo una congestión en la garganta—. Mejor la llamo cuando podamos hablar los dos.

Notó que desde su emplazamiento en el sillón de al lado, Rafo también lo observaba extrañado, como esperando que en cualquier momento cambiase de opinión. La tía Gisela, no obstante, dio señas de haber percibido el aprieto en el que se encontraba y, apartando el teléfono de él, dio media vuelta.

—Tienes razón —sentenció—: mejor la llamamos el viernes, después de la cita con el doctor Medina.

Y se alejó caminando despacio hacia la cocina.

Tendido sobre una piedra lisa, observas tu reflejo en la laguna. La imagen que tiembla sobre el agua te intriga, porque a ratos evoca al muchacho reluciente que existía antes de las manchas y las pastillas, y a ratos se parece al ser mustio que tomó luego su lugar. En el afán de descifrar qué produce esa constante metamorfosis, asomas la cabeza fuera de la piedra y un viento repentino se lleva tu gorra. La ves caer sobre un remolino que empieza a formarse a pocos metros de donde te encuentras y extiendes los brazos para recuperarla… Es inútil: como si fuese de plomo, se precipita de inmediato hacia el fondo del estanque. «*Ya no te hará falta*», *te advertimos todos a una, pero nuestras palabras te llegan como una gárgara confusa, como un borboteo surgido desde esas mismas profundidades que parecen haberse tragado definitivamente la gorra. Convencido entonces de que con solo hundir tu cuerpo en la laguna podrás por fin desentrañar lo que ese rumor quiere decirte, te entregas al remolino. Lo primero que percibes, sin embargo, no son nuestras voces, sino un sutil tictac: dos débiles golpes de reloj que tocan una fibra en tu memoria. Por un instante crees saber por qué encuentras ese sonido tan familiar, pero la canción de siempre, llegando ahora a raudales, te distrae.* ¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, nos escuchas entonar esta vez con toda nitidez,* se vive sin trabajar. *Tus manos, mientras tanto, darían la impresión de estar ejecutando un torpe nado, pero buscan en realidad algo entre las aguas turbias,* cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar. *De pronto lo rozas, estás casi por asirlo, pero el torbellino que te envuelve te impide dominar el objeto, que comienza a producirte cortes en el cuerpo por los que tu sangre mana sin tregua.* Síííí, *exclamas finalmente cuando la ves convertirse en una gran mancha azul que avanza hacia ti con un coletazo,* ¡se queda en el fondo del mar!

MIÉRCOLES

1

—¡Se nos ha hecho tarde!

La voz del tío Bruno los sorprendió mientras acomodaban sus cosas para ir al colegio.

—Al folvaguen! —los arengó en su alemán deliberadamente chapucero.

Ignacio sonrió sin entusiasmo. Una sensación tibia y apenas molesta lo había hecho llevarse la mano a la nariz hacía solo un instante para descubrir un hilo de sangre que avanzaba hacia su boca.

Rafo, que ya estaba en el pasadizo y quería ganarle seguramente el puesto del copiloto a su hermana, lo apremió.

—Vamos, que mi papá nos deja —lo escuchó decir mientras se alejaba.

Empujó como pudo los últimos libros en el compartimento central de la maleta, se acomodó el trocito de papel higiénico con el que había logrado taponear discretamente el orificio nasal sangrante y salió él también de la habitación, a la carrera. Cruzó la cocina, donde Clemencia le entregó el emparedado que no había consumido durante el desayuno, y llegó jadeando al garaje.

—Sube, sube —le dijo su tío, que ya había puesto el motor en marcha.

Sin esperar a que le repitieran la orden, Ignacio se escurrió dentro del Volkswagen por el resquicio que Rafo le ofrecía, echando el respaldar de su asiento hacia adelante: arrellanarse allá atrás, junto a Sabine, era justo lo que necesitaba para evitar preguntas incómodas en el camino.

—Nos fuimos —decretó el tío Bruno y pisó el acelerador.

Ya en el colegio, Ignacio notó que tenía que renovar el arreglo que había improvisado para disimular la hemorragia. No era la primera vez que le ocurría y sabía que, así como venía, el síntoma podía desaparecer. Pero el mareo que desde temprano lo asaltaba por oleadas y la sensación de que caminaba con un bulto entre las piernas indicaban que la enfermedad estaba despierta.

Sabine había desaparecido con sus amigas nada más bajar del auto, y él recorría ahora la ruta hacia el salón junto a Rafo, que otra vez avanzaba lleno de aprensiones por la posibilidad de toparse con el Chuncho.

—Anda yendo tú, yo tengo que entrar un ratito al baño —le dijo cuando llegaron al pórtico del pabellón de primaria.

La clase no estaba lejos. Apenas unos cincuenta metros los separaban del santuario que le brindarían a Rafo sus cuatro paredes, pero recorrer de ida y vuelta esa distancia

se le hacía esa mañana a Ignacio un esfuerzo irrealizable.

Su primo le dedicó una mirada en la que no era difícil adivinar un ruego, pero algo inapelable debió advertir en su determinación, porque, tras un segundo de indecisión, continuó su camino.

—Te espero allá —le comunicó—. No te demores; ahorita suena el timbre.

Ignacio empujó con una mano la batiente que permitía el ingreso al baño y se llevó la otra a la nariz. El cambio de tapón se había hecho urgente. La sorpresa que lo esperaba del otro lado de la puerta, sin embargo, lo hizo olvidar momentáneamente el problema: parado frente a los lavatorios, a unos centímetros del espejo, el Chuncho Kessler batallaba con una especie de moño que le había brotado a la altura de la coronilla.

—Hola —intentó iniciar esta vez Ignacio la conversación, pues era un reencuentro que secretamente había estado deseando.

El Chuncho solo emitió un gruñido de frustración y continuó tratando de planchar su cabellera. ¿Por qué lo ignoraba? ¿Le molestaba acaso que lo hubiera pillado en medio de ese trance vanidoso? ¿Había olvidado el diálogo del día anterior al borde de la cancha de fútbol? Quién sabía, pero él tenía preguntas que le habían quedado dando vueltas en la cabeza y esa era la oportunidad de hacerlas.

—¿Por qué no has acusado a Rafo? —lo empezó a interrogar entonces, sintiendo que las demandas se desbordaban—. ¿Por qué dijiste «yo que ustedes no haría eso»? ¿Qué es lo que no harías?

A través del espejo, el Chuncho le devolvió por fin la mirada y se pasó la lengua por los labios como si se dispusiera a hablar.

—¿Entrar a la casa de Grendel? —insistió él.

Nada. Solo nuevos gruñidos y golpes desesperados sobre el moño irreductible. Y para colmo de males, el timbre. El sonido trepidante hizo que Ignacio maldijera su suerte: la primera hora estaba por comenzar y su interlocutor demoraba las respuestas. La hemorragia en la nariz, además, se dejaba sentir nuevamente.

Avanzó unos pasos para alcanzar el dispensador de papel adosado a la pared y, antes de que pudiera darse cuenta, el Chuncho ya había girado sobre sus talones y ganado la puerta…

—Por si acaso, no nos hemos vuelto amigos —le dijo, mientras desaparecía tras la batiente.

Cuando abrió la puerta del salón, la clase llevaba ya unos minutos iniciada.

—¿Puedo entrar? —inquirió con voz tímida.

Frau Ortega asintió, mientras con la mirada le daba una rápida inspección de pies a cabeza.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí, *Frau* —murmuró Ignacio, abriéndose paso hacia la carpeta reservada para los que llegaban tarde, en la primera fila.

Esta vez había hecho con el papel una pelota diminuta y compacta, y la había introducido en la fosa sangrante hasta un punto en el que resultaba imposible detectarla a simple vista. Solo cabía esperar que el apaño durase hasta que volviera a sonar el timbre.

Acomodado ya en su asiento y esforzándose por contener un nuevo embate del mareo, alzó la vista. Una lista de palabras flotaba en la pizarra. ¿Qué iba a demandar *Frau* Ortega de ellos esa mañana? El curso que seguían sus clases era impredecible. Un día les leía un cuento y los hacía pensar en los personajes; y a la siguiente jornada, los hacía identificar los verbos en un texto que había mandado imprimir y les repartía al inicio de la hora. Nada de eso, sin embargo, parecía ser lo que les tenía preparado en esa ocasión.

—¿Alguien puede separar esas palabras en sílabas? —dijo ella entonces, empezando a develar la incógnita.

Un incómodo silencio se instaló en el aula. El que menos debía sospechar ya que, tras la separación silábica, vendría el asunto de los acentos y ese era un territorio en el que a nadie le gustaba internarse.

—¿Ni un valiente? —insistió la profesora, ofreciendo la tiza como un reto.

Una especie de agitación en la carpeta contigua llamó la atención de Ignacio: Burga había levantado la mano.

—Yo, *Frau* —proclamó con aplomo.

Frau Ortega sonrío complacida.

—Muy bien, Raymundo —lo alentó, acercándole la tiza—. Enséñales a los limeños cómo se separan las palabras.

—Pero no en quechua... —acotó alguien desde atrás, provocando algunas risas.

La profesora detuvo el movimiento de su mano y le indicó a Burga que volviera a sentarse.

—Perdón, Raymundo, pero parece que Felipe necesita este ejercicio más que tú —explicó.

Un veloz repaso del fondo del salón le había bastado para adivinar de dónde había salido el dardo...

—Ven para aquí —le ordenó al Chuncho—. Quiero que separes las palabras de la pizarra en sílabas y después pongas las tildes que faltan.

—¿O sea, los acentos? —aventuró él.

—No; no es lo mismo tildes que acentos. Revisa tu cuaderno.

—¿Puedo llevarlo?

—Trae lo que quieras, pero apúrate.

El Chuncho obedeció sin chistar, pero una vez frente a la pizarra y ya con la tiza

entre los dedos, se quedó inmóvil. Salvo por una sutil mueca de displicencia dibujada en su rostro, alguien habría podido tomarlo por una figura tallada en hielo. Era claro que se sentía a disgusto allí adelante. Su espacio natural era el rincón remoto, casi pegado a la pared posterior del aula, desde donde podía sustraerse a la autoridad de los profesores y causar problemas. Las lecciones, no importaba del curso que fueran, parecían provocarle el rencor de una humillación personal.

—¿Y? —lo presionó después de un largo minuto de espera *Frau* Ortega—. ¿Te acuerdas de lo que son las sílabas?

—Sí —la voz del Chuncho era un gemido apenas perceptible—. Son las partes…

—¿Las partes de qué?

—De las palabras.

—Bueno, ¿cuáles son entonces las partes de las palabras que tienes aquí?

La profesora golpeó la pizarra y procedió a leer lo que estaba escrito en ella:

—Tráfico, famoso, árbol, tos y… mmmula.

El énfasis que puso al pronunciar esto último produjo un brote de risas contenidas en la clase, al que el Chuncho reaccionó nerviosamente, retomando su empeño por alisarse el pelo. Una y otra vez se pasaba por la cabeza la mano que sostenía la tiza, mientras que con la otra aferraba el cuaderno que había traído desde su sitio.

—¿Me puedes decir por lo menos qué tipo de palabra es la primera de esa lista?

—¿Tipo de palabra?

—Sí: aguda, llana, esdrújula… —se exasperó *Frau* Ortega—. Quiero saber cuál de todos esos tipos de palabra es «tráfico». Nada más. Si me contestas eso, puedes volver a tu guarida.

El coro de risas ya desembozadas que desató la nueva pulla dejó al Chuncho completamente aturdido. Depositando la tiza sobre la carpeta en la que estaba Ignacio, abrió su cuaderno y pasó algunas páginas sin convicción. Parecía un explorador perdido intentando leer un mapa que no comprendía.

—¿Qué dice tu cuaderno? —lo urgió *Frau* Ortega—. ¿Te ayudó a resolver el misterio? ¿Qué tipo de palabra es «tráfico»?

Y después de un breve silencio, añadió:

—Subraya aunque sea la parte en la que lleva la fuerza de voz.

Con paso tambaleante, el Chuncho volvió a acercarse a la carpeta de los tardones para coger la tiza y por un instante cruzó su mirada con la de Ignacio, que de pronto se sintió forzado a obedecer un impulso que parecían dictarle mil voces interiores.

—Esdrújula —susurró tan quedamente como pudo.

Y por el destello de triunfo que vio brillar en sus ojos, supo que el abusón lo había escuchado.

Convertido otra vez en el de siempre, el Chuncho se irguió entonces delante de todos, cerró el cuaderno con violencia y tomó aire para hablar:

—Es una palabra esdrújula —tronó con furia y emprendió el regreso a su carpeta.

Cuando sonó el timbre, Ignacio corrió como pudo hasta el baño. La hemorragia, por fortuna, parecía haberse detenido, pero quería estar seguro de que no existía riesgo alguno en prescindir del tapón de papel.

Se encerró en una de las cabinas que albergaban los inodoros y retiró el minúsculo dique con cuidado… Respiró aliviado: ni una gota de sangre asomaba del orificio nasal ya despejado.

Abrió la puerta de la cabina, dispuesto a salir cuanto antes de allí y llegar a tiempo a la siguiente clase. Nada más poner un pie afuera, sin embargo, comprendió que no lo lograría: ahí estaba otra vez el Chuncho, como emboscado entre los lavatorios y, sin duda, aguardándolo.

—No pueden meterse a la casa de Grendel porque antes de irse soltó todos los animales que trajo de la selva —vomitó apenas lo tuvo al frente—. Yo traté de convencerlo de donarlos o algo así, pero no me hizo caso.

Estaba agitado, como si pronunciar ese breve discurso le hubiese demandado un descomunal esfuerzo físico.

—Sí, Rafo me ha dicho que en el jardín hay un monito, pero eso qué importa… —repuso él desconcertado.

—¿Monito? —se irritó el Chuncho—. ¿No vieron esa especie de pozo negro que hay en el jardín?

Ignacio sintió un estremecimiento que no podía atribuir a los síntomas de esa mañana.

—Sí, yo pensé que era para criar tortugas… —balbuceó.

El Chuncho meneó la cabeza.

—No sé cuál de ustedes dos es más cojudo —le dijo.

—¿Y entonces para qué servía el pozo? —trató de precisarlo él.

Pero por toda respuesta, obtuvo una nueva advertencia.

—Mira, tú me ayudaste hace un rato en la clase y te debo una —sentenció el Chuncho hincándole el pecho con un dedo—. Por eso lo único que te digo es que no entren a ese jardín. Ni tú ni el huevón de tu primo.

Y luego desapareció una vez más por la batiente del baño mientras el timbre sonaba a la distancia.

2

Al principio, Sabine se tomó muy mal la noticia: la presentación de gimnasia rítmica de la noche siguiente tendría que cambiar de escenario. Una cañería rota había provocado una pequeña inundación en el auditorio del colegio y tomaría

todavía algunos días reparar los daños. Cuando supo, sin embargo, que era al club de la laguna a donde el espectáculo sería trasladado, se olvidó de sus amenazas de dejar la función colgada y volvió a sus prácticas con renovados bríos.

—¿Te imaginas? —la animaba la tía Gisela—. La islita va a estar toda iluminada, como en los matrimonios. Y si arrimas a un lado las mesas de la sala principal, tienes un teatrín perfecto.

—¡Perfecto! —repetía Sabine entre dos saltos cargados de electricidad.

Aunque más discretamente, el humor de Rafo también había mejorado. La estropeada aventura pirata ya no parecía pesarle tanto y el vejamen sufrido por el Chuncho en la clase de Castellano había tenido en él un efecto reparador. Era evidente que no había registrado la ayuda de Ignacio en el instante final, pues de otro modo le habría hecho conocer su disgusto sin tapujos.

Si no quería malquistarse con su primo entonces, la conversación del baño tenía que permanecer en secreto y el confuso consejo que había recibido como retribución por su pequeño acto de complicidad, también. Se preguntaba si ese consejo no habría sido una fanfarronada del Chuncho para mantenerlos alejados del jardín de Grendel, pero no tenía cómo saberlo.

—¿En quién piensas? —interrumpió de pronto sus cavilaciones la tía Gisela, mientras disponía la mesa para el almuerzo.

—En nadie, tía —sonrió él acomodándose en su sitio—. En las tareas.

—Pero si casi no tenemos... —intervino Rafo, que había llegado también al repostero, sacudiéndose el cerquillo—. No sé qué les pasó hoy a los profesores.

—*Keine Hausaufgaben*, qué bueno —celebró su tía—: entonces pueden acompañarnos al ensayo en la isla.

Sabine, que había trasladado sus ejercicios de calentamiento al ambiente donde se encontraban, puso cara de desagrado, pero antes de que pudiera protestar, Rafo acogió la idea con entusiasmo.

—¡Vamos! —aplaudió dirigiéndole una mirada maliciosa a Ignacio—. Mientras ustedes ensayan, nosotros podemos darles de comer a los gansos.

Para cruzar al club había que caminar sobre un puente de tablones decolorados que flotaba sobre la laguna. Cogiéndose de una soga que servía como pasamanos, Ignacio avanzaba con la sensación de que el mareo podía volver en cualquier momento. Bajo sus pies, la madera crujía a cada paso.

—Oye, tú ya ni preguntas por tu mamá, ¿no? —le dijo entre dos trancos la tía Gisela—. Esta mañana fui a visitarla...

—¿Sigue enferma la señora? —se interesó Clemencia, que había sido reclutada en la expedición para transportar un taburete.

—Sí, la pobre continúa sin voz y con todo el cuerpo adolorido —confirmó su tía—.

No pensaba contar nada hasta que este joven se dignara a preguntar por ella, pero, por lo visto, me iba a quedar esperando.

—No sabía que habías ido a verla —trató de defenderse Ignacio, abriéndose espacio entre Rafo y Sabine para escuchar mejor—. ¿Está muy mal?

La tía Gisela inclinó la cabeza hacia un lado, como meditando la respuesta.

—Muy mal, no —dictaminó finalmente—. Con mucho malestar, sí. Pero tiene que aguantar nomás. Estos procesos virales son así.

—Voy a rezar por ella —anotó Clemencia, cerrando los ojos.

—Gracias, Clemen; tú nos vas a salvar a todos —dijo la tía Gisela trazando un semicírculo imaginario sobre él y sus primos.

Y luego, colocándole una mano en la espalda, como empujándolo a alcanzar el extremo final del puente, añadió:

—Si no quieres llamar hoy a tu mamá para no tener que hablar solo, está bien. Pero ya sabes: el viernes, cuando regresemos de la cita con el doctor Medina, no te escapas de hacerle un reporte completo.

—¡Llegamos! —escucharon gritar en ese momento desde la entrada al club a Sabine, que había atravesado los últimos metros del recorrido al galope.

Y todos se apresuraron a darle el alcance.

A la distancia, la isla daba la impresión de ser más grande de lo que era. Un ambiente techado de dimensiones modestas y unas casuchas administrativas precariamente levantadas en la orilla que miraba hacia el colegio agotaban el espacio dedicado a las instalaciones del club. Y la minúscula piscina, flanqueada por dos baños o cambiadores, hacía las veces de una transición hacia lo que podía considerarse el campo abierto: una aureola de jardines descuidados en la que convivían arcos de fulbito sin red con mesas de madera para los aficionados a la parrilla. La zona reservada para los gansos era solo una tripa de tierra gris, rodeada por algunas palmeras y aderezada con una silla de mimbre sin dueño: nada semejante a lo que Ignacio había imaginado al vislumbrarla por primera vez desde la casa de Grendel.

Mientras arrastraban los pies sobre el sendero de grava que terminaba bajo las palmeras, Rafo calculó rápidamente el número de gansos que aleteaban entre el fango y el agua.

—Hay unos ocho —se extrañó—. Faltan varios...

—Estarán por otro lado —especuló Ignacio, a pesar de que, hasta donde la neblina permitía ver, no se distinguía ave alguna nadando sobre la laguna.

—No importa: igual podemos ir pateando a estos —propuso entonces su primo, arrancándose a correr hacia los animales.

Se sentía libre de proceder con el plan, seguramente, porque la tía Gisela se había

quedado atrás con Sabine y Clemencia, supervisando los preparativos para el espectáculo de la noche siguiente.

Ignacio se limitó a apretar un poco el paso. La debilidad no le permitía hacer más. Rafo, en cambio, parecía poseído por una energía rabiosa y ya estaba sobre su primera víctima.

—¡Vuela, pajarraco! —le ordenó, estampándole un zapatazo entre las plumas y produciendo un alboroto de graznidos con el que probablemente no había contado.

En apurado desbande, los otros gansos huyeron de la orilla. La mayoría, en dirección a la solitaria silla de mimbre. Y antes de que su primo pudiera darles alcance, Ignacio escuchó un alarido a sus espaldas:

—¡Oye! —fue todo lo que pudo articular el hombre que venía jadeante hacia ellos.

Ignacio lo vio pasar a su lado. Traía en la mano un palo o un bastón que agitaba amenazante y que Rafo, sin duda, no tardó también en avistar, pues de pronto se quedó inmóvil junto a una palmera.

—¿Estás loco? —lo increpó el tipo, deteniéndose por fin frente él—. Esos animalitos son propiedad del club. ¿Tus papás no te han explicado?

—No sabíamos, perdón —decidió intervenir Ignacio, al comprender que su primo no sería capaz de salir por sí mismo del embrollo—. Pensábamos que no eran de nadie.

—¿Y por eso les pegan?

—Fue solo a uno y mi primo no lo pateó tan fuerte —alegó Ignacio.

—Era una broma —recuperó tímidamente el habla Rafo.

—¿Una broma? ¡Qué gracioso eres! Ahora ya sé quién ha sido el que los ha estado haciendo desaparecer...

Lejos de dejarse ablandar por las excusas, el guardián o lo que fuera había ido subiendo el tono de la reprimenda en cada frase e Ignacio comenzaba a temer que todo ese asunto terminaría metiéndolos en problemas. Lo que acababa de escuchar, sin embargo, lo había dejado intrigado.

—¿Han estado desapareciendo? —preguntó esbozando un gesto hacia los gansos.

—Sí, tres en un mes —respondió el hombre, pasando repentinamente de la irritación a la tristeza—. Yo los cuento todas las noches.

—¿Nunca se pierden? —quiso saber Rafo.

—Muy poco. Uno estaba viejito y quizás se habrá muerto por ahí, ¿pero y los otros?

Se quedó pensando y meneó la cabeza:

—Alguien se los habrá robado o sabe Dios qué. ¿No habrán sido ustedes?

Ignacio sintió que un ataque de náuseas se insinuaba en su interior. Sabía cómo dominarlas para que no lo pusieran en situaciones embarazosas frente a extraños. Pero abandonarse a los síntomas, se le ocurrió, podía ser esta vez una manera de librarse del lío en el que estaban enredados.

—Creo que voy a vomitar —le anunció a Rafo, cogiéndolo del brazo y haciendo el ademán de contener un espasmo.

La treta surtió efecto. El guardián dio un paso hacia atrás y lo miró alarmado, como si solo en ese momento hubiese registrado lo que su cuerpo hinchado y su aspecto general sugerían.

—Estás enfermo… —pronunció en un tono que no se podía saber si era de constatación o de pregunta.

Pero él no se dio por aludido. Por toda respuesta, tomó una larga bocanada de aire y se aferró a su primo con mayor firmeza. Su traza, pensó, realmente debía ser preocupante, porque Rafo se había puesto pálido y no paraba de lanzar miradas nerviosas hacia el otro lado de la isla.

—¿Quieres que llame a mi mamá? —le consultó sin disimular su angustia.

—No —trató de tranquilizarlo él—, acompáñame nomás hasta el baño.

Y sin soltarle el brazo, lo hizo dar media vuelta para iniciar un lento retorno hacia el sendero de grava. Inmóvil en su estupor, el celador de los gansos los dejó alejarse sin decir nada y solo atinó a apoyar su bastón sobre la tierra baldía.

Cuando se habían alejado lo suficiente, Ignacio se apresuró a contarle a Rafo la verdad.

—He hecho un poco de teatro para que nos dejara ir —le confesó—. Mi enfermedad siempre asusta a la gente.

Su primo detuvo la marcha y lo observó con incredulidad.

—¿O sea que no tienes nada? —le dijo.

Ignacio movió las cejas, como para dar a entender que todo, efectivamente, había sido un truco, provocando en Rafo una risa de alivio que al final lo envolvió a él también. Allá al fondo, sin embargo, la sensación de náusea permanecía agazapada y se preguntaba por cuánto tiempo más podría mantenerla a raya.

3

Cruzaron el puente de regreso cuando ya oscurecía. La tía Gisela dijo que necesitaban pulir todavía algunos detalles para que la función saliera perfecta, pero que ya habría tiempo para eso al día siguiente: ahora lo que importaba era llegar a la casa antes de que lo hiciera el tío Bruno. Mientras avanzaban meciéndose sobre los tablones húmedos, Ignacio contempló las luces que comenzaban a encenderse del otro lado de la laguna y pensó que parecían antorchas remotas. Su brillo no alcanzaba todavía el velo de agua que se extendía entre la isla y la orilla, semejando un enorme abismo que se hubiera devorado la noche.

El malestar se había disipado en su interior, pero no tardaría en volver. ¿Debía

empezar a tomar de nuevo las cápsulas azules ahora que solo faltaban dos días para la cita con el doctor Medina?

Un sacudón a su lado lo distrajo: Clemencia había dado un traspié y por un pelo se había librado de caer al agua.

—Cuidado, Clemen, que estas no son horas para bañarse —bromeó la tía Gisela.

—Ay, no sé dónde tengo la cabeza, señora —se excusó ella nerviosa—. Es mi examen de catecismo...

—¿Mañana tienes examen? —le preguntó Sabine, cogiéndola de la mano.

—Mañana, no —aclaró ella—. El viernes tengo.

«Igual que yo», pensó Ignacio, al tiempo que, con una sensación de hastío, descartaba finalmente la idea de volver a las cápsulas esa noche y aguzaba el oído con la esperanza de distinguir algún aleteo sobre las aguas del estanque.

El tío Bruno llegó a la casa cinco minutos después que ellos, con el pelo un poco revuelto y la punta de la camisa fuera del pantalón.

—Un hijo más —lo saludó la tía Gisela, pasándole una mano por la cabeza y acomodándole la ropa.

—¿Qué sería de mí sin tus cuidados, Schatzi? —la besó brevemente él—. Lo dije bien, ¿no?

—Muy bien; tu pronunciación está cada vez mejor —le devolvió ella la chanza—. Yo creo que mañana puedes darles la bienvenida a todos en alemán antes del espectáculo.

—¡Buena idea! —celebró el tío Bruno, colocándose los lentes y sentándose a la mesa antes que nadie—. ¿Qué dices, Sabine? ¿Tú crees que me acepten de maestro de ceremonias?

Ignacio volteó a mirar a su prima, justo a tiempo para verla ejecutar un movimiento de hombros que de seguro formaba parte de la rutina que había ensayado esa tarde, pero que en esa ocasión era una forma de comunicarle a su papá que no estaba de ánimos para seguirle la cuerda.

—¿Sirvo la comida, señora? —preguntó Clemencia asomándose en ese momento al repostero.

Los días de semana, salvo que sus tíos tuviesen invitados, la cena familiar se celebraba en ese ambiente anexo a la cocina para facilitar el trajín de platos.

—Anda sirviendo mientras los chicos vuelan a lavarse las manos, Clemen —asintió su tía—. Total, la sopa está bien caliente.

Durante la cena, no se habló de otra cosa que de la presentación del día siguiente. El tío Bruno dijo que saldría temprano de la oficina para ir con todos a aplaudir a Sabine y que el fin de fiesta sería en el chifa de los pescados rojos, como había

prometido.

—¿Nosotros también tenemos que ir? —rezongó Rafo poniendo cara de aburrido.

—Al chifa, si quieres no; pero al *show*, de todas maneras —le respondió su papá, atajando cualquier debate sobre el punto.

A pesar de todo, Sabine adoptó un gesto agrio y dejó la cuchara hundida en la sopa.

—Si alguien no quiere ir, su entrada se la puedo dar a Clemencia —declaró entre indignada y orgullosa—. A ti te gustó el ensayo, ¿no es cierto, Clemen?

—Sí, pero mañana tengo que estudiar —repuso ella asomándose otra vez desde la cocina.

—Cruzas un ratito y regresas —trató de presionarla Sabine.

Clemencia resopló desalentada y abrió la boca para añadir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, la tía Gisela intervino para poner orden.

—No, pues —sentenció al borde del enojo—. El *show* dura dos horas y Clemen ya nos ha dicho que tiene examen el viernes. Los que van a ir a verte son Ignacio y tu hermano, y se acabó.

Un largo silencio siguió al veredicto de la dueña de casa. Rafo y Sabine continuaron comiendo sin mirarse, y el tío Bruno se sacó los lentes para limpiarlos con la servilleta: un recurso al que solía acudir cuando las situaciones se tornaban tensas. Ignacio decidió entonces abordarlo con una duda que lo inquietaba desde la mañana.

—Tío, ¿qué clase de animales pueden vivir en esta laguna? —le preguntó.

—Bueno, pescados, gansos y cosas así, ¿no? —repuso él, un tanto sorprendido.

—¿Nada más?

—Hipopótamos quizás, pero en este clima no estarían muy contentos —bromeó su tío.

Y luego, echando su silla para atrás, añadió:

—¿De dónde sacas esa pregunta?

Ignacio se encogió de hombros:

—No sé; el otro día vi un documental en la tele y me quedé pensando —dijo, porque empezaba a sentirse incómodo por el giro que tomaba la conversación.

Para su alivio, sin embargo, el timbre del teléfono repicó en ese momento desde la sala principal, cortando el interrogatorio. La tía Gisela fue a contestar la llamada y mientras daban los últimos sorbos a la sopa, la escucharon dialogar brevemente con alguien en un tono apagado. Cuando volvió al repostero, llevaba en la mano un cigarrillo encendido y su rostro era de preocupación.

—Era Irina Schlegel —informó mirando a Rafo y a Ignacio—. Quería saber si alguien había visto hoy por la tarde a Astrid. Ha desaparecido de su casa y cree que el papá se la ha llevado mientras ella no estaba.

Tomó aire y, sin esperar respuesta, continuó:

—Le dije que ustedes habían estado toda la tarde conmigo en el club, pero la pobre está desesperada y me pidió que de todas maneras les preguntara si sabían algo.

—Si Rolf se ha llevado a la chica, eso sería casi un secuestro —intervino el tío Bruno antes de que ellos pudieran decir nada.

—Esa palabra ni la menciones —se erizó la tía Gisela—. En el fondo ese es el gran temor de Irina. Y el mío también.

—¿Secuestrada por delincuentes acá? —cuestionó él—. No hay forma.

—¿Cómo que no hay forma? —objetó ella—. ¿No ves acaso lo que dicen cada noche los noticieros sobre tanta criatura desparecida en Lima?

—¿De verdad están desapareciendo chicos? —se aterró de pronto Sabine—. ¿Alguien se ha robado a Astrid?

—No —le dijo el tío Bruno, montando por fin de nuevo sus lentes sobre la nariz—; este es un lío de familia que se soluciona rápido. Cuando Ignacio y Rafo lleguen mañana a la clase, seguro que la van a encontrar ahí sentada.

Despierta. En la habitación todo está a oscuras, pero aquí una luz de antorchas arde bajo el agua. Así, abre los ojos y aferra la espada, que ya no es un simulacro infantil. Tictac. No te fijes en tus heridas ni en la sangre que vierten para formar a tu alrededor un altar difuso. Solo atiende a nuestro canto y haz acopio del valor que este agón sin discursos pronto reclamará de ti. Sobre el fondo marino, todo está cuidadosamente dispuesto: la silla de mimbre sugiere un trono vacío; el frasco hinchado de cápsulas, un cuerpo enfermo; y el grabado que asoma de una página del libro de leyendas, la escena anticipada en mil noches iguales a esta. Tictac, escuchas de nuevo, pero el reloj que te atormenta con ese picapedreo regular no es visible por ninguna parte.

¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, entonas entonces para acallarlo y mientras una corriente oscura atraviesa sin prisa el estanque,* se vive sin trabajar, *se diría que es el velo que alguien descorre para mostrarte a un compañero largamente buscado,* cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar. Síií, *clamas por fin al distinguir las yescas de sus ojos frente a los tuyos*, ¡se queda en el fondo del mar!

JUEVES

1

Contra los pronósticos del tío Bruno, al día siguiente no encontraron a Astrid en el salón. No estaba ni en el sitio que solía ocupar junto a Burga ni en la carpeta de los tardones, ni en ningún otro lugar a la vista. Durante la clase de pintura, su ausencia no resultaba muy notoria, porque bajo el régimen de *Fräulein* Estenssoro se instalaba siempre en el aula una atmósfera de informalidad. A través del emplazamiento estratégico de cuatro o cinco potes de aguarrás en donde todos necesitaban mojar su pincel de cuando en cuando, ella alentaba la libre circulación por el ambiente, provocando una alegre confusión en la que se hacía imposible llevar una cuenta rigurosa de los presentes. Para Ignacio, sin embargo, el espacio vacío a tan pocos metros de donde él se encontraba era difícil de ignorar.

Algo inusual había ocurrido con Astrid, de eso no cabía duda. Pero la hipótesis del secuestro se le antojaba descabellada. La tía Gisela era dada a las exageraciones y cuando empezaba con sus teorías tremebundas sobre las cosas que pasaban a su alrededor no había que hacerle mucho caso. Si, como creía el tío Bruno, la desaparición de la niña había sido en cambio obra del señor Schlegel, no había realmente de qué preocuparse.

—*Pero eso no disipa la duda* —dijo alguien de pronto y lo hizo dar un respingo.

La extraña frase había sonado al mismo tiempo remota y cercana. Como pronunciada por un ventrílocuo sentado a sus espaldas. O por muchos. ¿Podía haber sido Calderón jugándole una de sus pasadas? Quién sabía. Pero, por si acaso, era mejor no darle en la yema del gusto y hacerse el desentendido.

Decidió que necesitaba cambiar de color para continuar con el trabajo que *Fräulein* Estenssoro les había encomendado en esa ocasión: hacer su propia versión del rey de oros de lo que ella llamaba «la baraja española». De un parante que sobresalía de la pizarra, había colgado una enorme reproducción del naipe para que les sirviera de modelo y, antes de darles la orden de poner manos a la obra, les había llamado la atención sobre algunos detalles de la figura. Entre ellos, el de la espada casi oculta bajo el manto del rey: precisamente la parte del retrato a la que él quería dedicarse ahora.

Mientras se ponía de pie para ir a bañar la punta de su pincel en aguarrás, Ignacio pensó en esa otra espada que hacía apenas seis días había escondido con tantas expectativas bajo su almohada. La noche anterior finalmente la había sacado de allí y la había arrojado a un lado, convencido de que no podía protegerlo de nada; ni siquiera de las sombras que luego demostraban ser solo un mal sueño.

El primer paso lo puso casi en la obligación de echarle un vistazo a la laguna: esa mañana, le dio la impresión, era solo un triste estanque de aguas empozadas. Tres o cuatro trancos más, que le costaron un inusitado esfuerzo, lo acercaron a la carpeta de Temple y Bauer, y le revelaron bruscamente que estaba en aprietos. Colocado sobre una hoja de papel periódico, el pote de aguarrás del que le tocaba abastecerse se ofrecía cubierto a medias por un trapo que no lograba atajar el olor a trementina, y ahora el piso había empezado a moverse.

Recostándose disimuladamente contra la silla de Bauer consiguió controlar el primer embate del mareo y reunir fuerzas suficientes para hablar.

—*Fräulein*, ¿puedo ir al baño? —dijo alzando la mano en la que sostenía el pincel.

La profesora levantó los ojos de la revista que hojeaba sentada sobre su pupitre.

—¿Te sientes bien? —lo interrogó con un asomo de inquietud.

—Sí, es solo que…

Ignacio se llevó la mano que tenía libre al abdomen.

—Ah, ya —entendió ella el mensaje —. Bueno, anda, anda… y no te demores mucho.

Le encomendó su pincel a Temple y caminó con cuidado hacia la salida, sintiéndose cada vez menos dueño de sí. Cuando llegó a la puerta, se aferró al picaporte como si fuese un madero que la providencia hubiese puesto a su alcance en medio de un naufragio y antes de invertir sus últimas energías en empujarlo hacia abajo, distinguió borrosamente al Chuncho Kessler tratando de alisarse el pelo en el fondo del salón.

Cuando vio a la tía Gisela irrumpir en la enfermería como una poseída, Ignacio intentó sonreírle. Llevaba puesto un buzo cualquiera y nada de maquillaje en el rostro, lo que indicaba a las claras que la habían sacado de la cama a la apurada.

—¿Qué pasó, mi amor? —preguntó mientras lo abrazaba y tocaba luego su cara, sus hombros, sus brazos, como para comprobar que seguía vivo—. Me llamaron a decir que te habías desmayado.

—Me desmayé un ratito, tía —admitió él, incorporándose lo mejor que pudo en la camilla sobre la que lo habían acomodado—, pero ya estoy mejor.

—Parece que fue solo un susto, señora Farfán —intervino la encargada de la posta, extendiendo la mano y murmurando su nombre.

La tía Gisela correspondió al saludo, pero sin dominar completamente su angustia.

—¿Un susto? —repitió escéptica—. Nadie se desmaya porque sí y menos él…

Ignacio sintió que el dedo con el que su tía lo señalaba convertía la frase en una acusación.

—Fue el olor del aguarrás en la clase de pintura —trató de explicar—. Siempre me marea, pero ahora fue más fuerte.

—¿Te caíste al suelo? ¿Te golpeaste?

—No. Estaba agarrado del mango de la puerta y me fui chorreando hasta quedarme sentado en el piso.

—¿Y cómo te trajeron hasta acá?

—Vine caminando con la profesora.

—¿Te despertaste rápido?

—Sí, tía. Fue un ratito.

—Sus signos vitales están bien —reportó la mujer de la enfermería—. Habría que hacerle un análisis de sangre para descartar anemias o cosas así.

La tía Gisela la miró con gesto de hastío y luego se volvió hacia él.

—¿Puedes caminar hasta el auto? —le preguntó, alcanzándole el gorro que alguien había depositado a los pies de la camilla.

Ignacio asintió con energía.

—Bueno, entonces nos vamos a la casa —le dijo—. Tú te metes a la cama y yo voy a llamar al doctor Medina para ver si podemos adelantar la cita para hoy.

2

La posibilidad de la cita anticipada cayó sobre Ignacio como un baldazo de agua fría. El examen de rigor al que el doctor Medina lo sometía en cada visita al consultorio iba a hacer evidente todo lo que le ocurría y tendría que despedirse de la laguna y de cualquier esperanza de embarcarse en el bote pirata esa tarde. Por alguna razón, había imaginado que ese último día antes del encuentro con el médico lograría materializar su sueño, pero ahora todo estaba a punto de echarse a perder.

¿Existiría todavía forma de convencer a la tía Gisela de que la situación no era tan grave? ¿De evitar que todo se precipitara con el adelanto de la cita? Por lo menos, valía la pena intentarlo. Y hacerla desistir de su determinación de que guardase cama hasta tener noticias del doctor Medina podía ser un buen principio…

—¿No me puedo quedar viendo tele en la salita? —murmuró apenas su tía hubo estacionado el auto en el garaje—. En el cuarto, los canales no se pueden sintonizar bien.

Instalarse en el ambiente contiguo al dormitorio le serviría para crear la impresión de que estaba mejor de lo que ella pensaba, pero también para estar cerca del baño: tras la crisis de esa mañana, de seguro habría secuelas y necesitaba poder ocultarlas de inmediato.

La tía Gisela dudó largamente, como siempre que debía tomar decisiones que podían comprometer su salud, y al final accedió solo a medias.

—Bueno, hacemos la prueba —le dijo—. Pero te pones igual tu piyama por si la cosa no funciona.

Ignacio se dirigió al cuarto y empezó a cambiarse despacio, evitando mirar hacia

abajo. Se quitó la gorra para ponerla un momento sobre la mesa de noche y notó que, al hacer la habitación, Clemencia había recogido su espada de plástico y la había colocado de nuevo allí, junto al frasco de las cápsulas azules.

—*Todo lo que se ha vuelto inútil* —escuchó.

Esta vez el rumor, que tomó por una especie de eco de su conciencia, no lo sorprendió demasiado: después de todo, tanto el arma de juguete como el frasco de los remedios se le antojaban ahora como vestigios de un tiempo lejano. Tuvo el impulso de tomar la espada y volver a echarla en un rincón, pero lo ganó el agotamiento. A duras penas encontró energías suficientes para recuperar la gorra, enfundarse en su karategui naranja y salir a la salita.

Afuera lo esperaba la tía Gisela, con la extensión del teléfono en la mano y gesto de preocupación.

—Nadie contesta en el consultorio del doctor Medina —gruñó contrariada—. ¿Así pasa siempre?

—A veces, tía —buscó tranquilizarla él—. Creo que el doctor tiene solo una asistente, que anda todo el rato corriendo de un lado para el otro.

—Con lo que cobra, podría contratar cinco... —resopló ella, mientras empezaba a marcar de nuevo y se alejaba hacia su cuarto.

—¡Nada! —la escuchó quejarse poco después a la distancia—. En ese consultorio el teléfono está de adorno.

Sería ya cerca del mediodía cuando las náuseas regresaron. Se había pasado la mañana arrellanado en el sillón principal de la salita simulando interés en la programación anodina que trasmitían a esas horas, aunque tratando en realidad de pulir un plan que había empezado a borronear en la mente desde temprano. Al primer aviso del malestar, se deslizó con dificultad hasta el piso, controló como pudo un dolor que parecía venir de los huesos y corrió al baño. La tía Gisela acababa de pasar en una de sus rondas para ver si todo estaba en orden y tardaría todavía un rato en volver.

Alcanzó a ponerle pestillo a la puerta, cayó de rodillas frente al retrete y, antes de liberar el torrente que pugnaba por salir de su boca, rogó que el ruido no fuera a delatarlo. Dejó entonces que todo sucediera, con la sensación de que eran las vísceras lo que estaba volcando dentro de la taza. Dos o tres veces logró tirar de la cadena en medio de la borrasca que lo envolvía, con la confusa esperanza de cubrir así el ronquido de sus eructos, hasta que poco a poco el ímpetu de arrojar fue cediendo y lo invadió una extraña calma.

Estaba exhausto, pero no podía permitirse un momento de descanso. Limpió los bordes de la taza con papel higiénico y luego, trabajosamente, se puso de pie. Abrió la pequeña ventana que daba al jardín para que entrase algo de aire, a sabiendas de que

aquello no sería suficiente para espantar la pestilencia que nadie debía percibir. El *spray* aromatizador que la tía Gisela conservaba en ese baño, sin embargo, podía ser de ayuda.

Roció la fragancia empalagosa por todo el ambiente, se secó unas mínimas lágrimas que le habían brotado a raíz del esfuerzo y, con el sabor de una resaca amarga en la boca, volvió casi a hurtadillas al sillón ubicado frente a la tele. No había terminado de recuperar el aliento cuando la tía Gisela se presentó en la salita, siempre con el teléfono en la mano.

—El doctor Medina está de viaje; llega recién esta noche —informó con cara de derrota—. Vamos a tener que esperar hasta mañana para que te vea.

Una hora más tarde, cuando vio salir a la tía Gisela para recoger a Sabine y Rafo del colegio, comprendió que la primera parte de su plan había funcionado. De haber estado persuadida de que su estado era grave, su tía no lo habría dejado solo con Clemencia ni por un segundo. En ese mismo sentido apuntaba, además, el hecho de que hubiera descartado la sugerencia de la secretaria del doctor Medina para que otro especialista lo viera esa tarde. Lo razonable, había sentenciado ella, era que lo examinara su médico tratante; sobre todo si la diferencia entre una cita y la otra sería solo de unas horas.

Sentado en el repostero, a donde había tenido que trasladarse para que Clemencia pudiera vigilarlo, Ignacio reflexionaba sobre todo eso a la espera de sus primos. De las ollas brotaba un olor intenso. A menestras, a tocino, a uno de esos guisos caseros que servían para alimentar a una tropa y él normalmente consumía con deleite, pero que ese día no le apetecían: las náuseas continuaban rondándolo y amenazaban con volver a producir un descalabro al menor descuido.

—¿Todos vamos a comer eso? —preguntó guardando prudente distancia de la cocina.

—Tú tienes dieta de pollo —repuso Clemencia, apartándolo delicadamente de su camino para poder llegar a la refrigeradora—. La señora me contó que te desmayaste en el colegio.

—Solo un ratito —se sintió obligado a aclarar.

—Pero mañana te va a ver el doctor...

—Me toca mi cita de todos los meses.

—¿Nunca te habías desmayado?

—No, nunca.

Clemencia había retomado su emplazamiento delante de las ollas y rascaba ahora el contenido de un pírex con una espátula.

—Yo también estoy que me desmayo —suspiró—. Anoche casi no dormí por quedarme estudiando.

—¿Es muy difícil el examen que tienes?

—Hay que aprenderse todo de paporreta y yo rezo para no olvidarme de nada.

—Pero eso que estudias no es para ser santa, ¿no?

—¡Cómo va a ser! Eso dice tu tío por fastidiar. Para santa no se estudia. Eso depende de la gracia de Dios.

—¿Y esta noche vas a seguir estudiando?

Sin apartar la mirada de lo que estaba cocinando, Clemencia hizo un vago gesto en dirección a la laguna.

—Mientras todos van allá para ver bailar a Sabinita, pues —dijo.

—Yo no creo que vaya —anotó Ignacio sin tristeza—. Ayer me cansé mucho.

Un golpe de bocina largo, seguido de dos más breves, interrumpió la conversación. Era la señal convenida que anunciaba que la tía Gisela había llegado y necesitaba una mano con el portón del garaje.

—¡Ya están aquí! —dio un brinco Clemencia—. Y yo que todavía no termino con esto por estar conversando contigo...

Ignacio le dedicó una sonrisa distraída. Y luego, mientras ella corría a franquearle el ingreso a la camioneta, se ajustó bien el cinturón de su karategui naranja y trató de poner su mejor cara para recibir a los recién llegados.

Ignacio comió poco y con dificultad, pero procurando disimular el esfuerzo que le costaba tragar cada bocado, y celebrando secretamente que, con el regreso de sus primos, la dinámica de la casa hubiera dejado de girar en torno a él. Al principio Rafo se había esmerado por ganar la atención de todos con el relato de la conmoción que había causado su desmayo en la clase. Pero para cuando se levantaron de la mesa, ya nadie hablaba de otra cosa que de la *performance* de Sabine en la isla, y hasta la tía Gisela parecía más agobiada por la duda de si su prima debía llevar esa noche una pizca de maquillaje que por saber si sus malestares habían vuelto.

—Yo te pondría un poco de sombras en los ojos y brillitos en los labios, pero tu papá se muere —le decía a Sabine, mientras la cogía del mentón para levantarle el rostro.

Ella, por supuesto, no oponía resistencia. Cerraba los ojos, apretaba los labios, se dejaba hacer una cola de caballo y luego la deshacía sacudiendo la cabeza para que su mamá pudiera intentar un peinado distinto: no cabía en su pellejo de la felicidad que le producía tener a la tía Gisela convertida en una especie de asistente personal que orbitaba a su alrededor disparando ideas.

Instalados en un rincón de la salita, Rafo y él observaban el ritual en silencio: su primo sin ocultar el disgusto que le provocaba el protagonismo indisputable que su hermana había conquistado esa tarde y él preguntándose si, ahora que ya era claro que la cita con el doctor Medina no tendría lugar hasta el día siguiente, no le convenía

empezar a dar algunas señas de lo indispuesto que se sentía. Si la tía Gisela asumía que su recuperación había sido completa, podía terminar conminándolo a ir con el resto de la familia a la presentación de Sabine y todas sus artimañas para procurarse esa noche unas horas de libertad no habrían servido de nada.

—*Levántate, dirige tus pasos al cuarto* —dictaron en ese momento las voces anónimas a las que empezaba a acostumbrarse.

Y él, sin dudarlo ni preguntarse la razón de esas palabras raras con las que le hablaban, obedeció. De un tirón se alzó del asiento que compartía con su primo y tratando de no cruzarse con Sabine, que ahora improvisaba rutinas temerarias delante del televisor, avanzó hacia el pasadizo que conducía a las habitaciones.

—¿A dónde vas? —lo interrogó su tía.

—A recostarme un rato, tía —contestó forzando un bostezo.

—¿Te sientes bien?

—Sí, tía, solo estoy cansado y con frío.

—Cansado y con frío… —repitió ella como sopesando sus palabras.

Pero al cabo pareció convencerse de que decía la verdad y lo dejó ir con instrucciones de que se abrigase bien en la cama y la tuviese notificada de la aparición de cualquier síntoma preocupante.

El resto de la tarde transcurrió para Ignacio sin novedad. Mientras afuera continuaba el ajetreo de los preparativos para la presentación de la noche, él se dedicó a recuperar fuerzas y a repasar mentalmente algunos detalles de la historia del Capitán Garfio que tenía olvidados. Recordó, sobre todo, el reloj que el cocodrilo que lo perseguía alguna vez se había tragado y cuyo angustiante tictac se había convertido desde entonces en el anuncio de su presencia. Y al revisar ese recuerdo, se admiró una vez más de la sombría dignidad con la que el pirata asumía que un día ese tictac habría de detenerse.

Tumbado en la cama de al lado, Rafo, que había huido de la salita siguiéndolo, pateaba de vez en cuando el colchón y escupía frases de rencor.

—Ese *show* de porquería… no sé por qué nos obligan a ir —mascullaba.

Pero él prefería no seguirle la cuerda, seguro de que, tras el número que había montado, la tía Gisela vendría en cualquier momento a exonerarlo de la expedición a la isla. Y no se equivocaba: como convocada por un mensaje telepático, la dueña de casa apareció al poco rato en la habitación, escoltada por Clemencia y con cara de circunstancia.

—Creo que tú mejor no vas, ¿no, corazón? —recitó con voz suave y mirándolo a los ojos —. Con el viento que corre de noche cuando uno cruza ese puente…

—Mejor, tía —asintió él, tratando de no lucir complacido—. No me siento mal, pero estoy con sueño.

—Claro, con todo el alboroto de hoy... Mejor te quedas aquí con Clemencia, y nosotros vamos y volvemos rapidito, apenas termine la presentación, porque al chifa, obviamente, ya no vamos a ir: hemos postergado el plan hasta que estés mejor.

—¿Y yo no me puedo quedar acompañándolo? —aventuró Rafo.

—Ni lo sueñes —repuso la tía Gisela—. Tú vienes con nosotros a ver a tu hermana y no se diga más. Ignacio, además, se va a quedar privado apenas salgamos por la puerta.

3

El tío Bruno llegó temprano del trabajo, como había prometido, y lo primero que hizo fue pasar a ver cómo se encontraba.

—¿Qué pasó, socio? —le preguntó asomándose al cuarto—. ¿Te quedaste sin gasolina en plena clase de pintura?

Ignacio detectó su esfuerzo por sonar despreocupado. Jamás se había dirigido a él llamándolo «socio» y había algo postizo en su intento de convertir el episodio de la mañana en una anécdota risible.

—Fue el aguarrás, tío —sonrió él—. Siempre me marea un poco, pero esta vez me noqueó.

—Ah, caray, no sabía que esos olores te ponían así... Yo que pensaba invitarte un whisky para reanimarte.

—Invítamelo a mí —intervino Rafo, poniéndose en pie de un salto.

—Quizás cuando volvamos del *show* —le contestó el tío Bruno, avanzando hacia él para empujarlo de regreso a la cama—. Y solo si aplaudes como un loco a tu hermana.

Su primo cayó pesadamente sobre el colchón sin poder reprimir una risa.

—Ya, pues, papá —insistió en son de broma y sacudiéndose el cerquillo—. Solo un traguito. ¿Si no cómo voy a aguantar las dos horas de aburrimiento?

Esta vez, sin embargo, el tío Bruno fingió no escucharlo y cambió bruscamente de tema.

—¿Apareció la chica Schlegel? —les preguntó a los dos.

Pero la que respondió fue la tía Gisela desde la salita:

—Nada —proclamó con autoridad—, no la encuentran todavía. Pero Irina ha estado averiguando con la gente de la oficina de Rolf y parece que él ha salido del país.

—No me digas que con la niña...

—Eso es lo que ella se teme —el comentario de su tía sonó esta vez mucho más cercano—. Aunque, más que temerosa, está que revienta de ira.

El tío Bruno agregó algo antes de dar media vuelta para ir a quitarse el saco y la corbata, pero Ignacio no llegó a descifrar lo que decía. Una repentina modorra había

empezado a apoderarse de su cuerpo mientras el enjambre de voces que lo rondaba desde la mañana le hablaba otra vez desde un lugar imprecisable.

—*Duerme* —le susurraba—. *Déjate arrastrar ahora por el sueño y luego todo vendrá a ti sin fatiga.*

Tictac. Un latido del reloj te trae de regreso a la habitación, sumida ahora en tinieblas. ¿Cuánto tiempo has dormido? ¿Se han ido ya todos? Sí, parece que sí: las luces que rielan sobre la laguna del otro lado de la ventana y un rumor apagado que llega hasta ti por oleadas te revelan que allá en la isla la conmoción ha empezado. Tictac. Sabes que en el cuarto no existe reloj que pueda emitir ese sonido, pero igual te sientes apremiado. Envuelto en la letanía de nuestras voces, que ahora te acompañan sin pausa, resbalas por la superficie de la cama hasta tocar la alfombra con la punta de los pies y, una vez erguido, te cubres con el karategui naranja y te calzas las zapatillas que más temprano dejaste a la mano anticipando este momento. Una tibieza húmeda desciende lentamente hasta tus labios y con solo palparla sabes que otra vez sangras por la nariz. Descartas casi sin pensarlo la posibilidad de improvisar un nuevo apaño, un poco por el apuro —tictac— y un poco porque te sientes inexplicablemente reconstituido, a salvo de los malestares que te asediaron durante el día.

Como en un sueño, atraviesas entonces la salita sin estorbos y llegas al garaje. El resplandor que nimba el dormitorio ubicado al fondo del jardín te hace saber que Clemencia está absorta en sus estudios. «Una santa», piensas, mientras coges la bicicleta de Rafo y, llevándola del manubrio, te escurres hacia la calle por la puerta falsa. Tictac. Una gota de sangre ha caído sobre el pantalón del piyama, pero no le prestas atención, porque ya pedaleas con furia hacia la casa de Grendel. Por un instante, te preguntas si serás capaz de encontrar el camino en medio de esa oscuridad. Pronto, sin embargo, comprendes que lo has recorrido tantas veces con la mente que ahora podrías hacerlo a ciegas.

Cuando ya has dejado atrás la pista, notas por primera vez el roce frío de la noche sobre tu cabeza: la gorra, caes en la cuenta, ha quedado olvidada sobre la mesa de noche, junto a la espada de plástico y el frasco inútil de las cápsulas azules. Pero eso ya no importa. Tictac. Como tampoco importan los ladridos que se cuelan entre los matorrales mientras la bicicleta avanza a saltos por la trocha que conduce a tu destino. Debe ser el perro guardián de alguna construcción, piensas. O tal vez los chow chow del Chuncho, haciendo saber que han olfateado tu huida a la distancia. Quién sabe. Lo único que puedes descartar con certeza es que se trate de Mota, la mascota perdida de Otoya.

Un último recodo de la ruta te deja por fin frente a la casa de Grendel. Tictac. Abandonas la bicicleta junto a una de las estacas del cerco que protege la propiedad y antes de arrastrarte por la abertura que te permitirá penetrar en el jardín prohibido, te pasas una de las mangas del karategui por la boca. No lo haces para comprobar lo que ya sabes, sino para apartar los restos de la costra negruzca que te ha impedido hasta ahora reconocer los olores del lugar. Tomando una larga bocanada de aire, caes entonces de rodillas frente a la entrada secreta y reptas trabajosamente hacia el otro lado.

Tictac. Al ponerte de pie sientes de golpe el cansancio que había permanecido oculto desde que despertaste en la habitación y agradeces el declive del terreno que fuerza tus

pasos cuesta abajo. Un eco de aplausos te hace levantar la mirada hacia la isla. Te parece un carrusel luminoso girando en el centro de la laguna. Con el cuerpo casi doblado por un dolor que te aguijonea el abdomen, pasas junto a la poza oscura y te desmoronas sobre el lecho de hojas que disimula el bote de goma. Tictac. Notas con alivio que se mantiene bien inflado y ruedas hacia un lado para poder empujarlo y arañar la tierra bajo el espacio que ocupa... Tus dedos no demoran en encontrar el cuchillo. «La verdadera espada pirata», piensas. Y al tomarla de la empuñadura, tienes la impresión de que todo ha sido dispuesto así por una voluntad distinta a la tuya.

Mientras tratas de recobrar el aliento, tendido sobre el césped, un movimiento entre el follaje llama tu atención. Tictac. El mono que merodea por ahí desde que Grendel se marchó abandonando a los habitantes del jardín a su suerte, imaginas, pero no puedes estar seguro, pues una fina niebla ha descendido sobre todo lo que trata de cobrar forma delante de tus ojos.

No sin esfuerzo, te desembarazas de las zapatillas y luego intentas incorporarte, pero solo consigues ponerte de rodillas. Con el cuchillo firmemente sujeto en una mano y el bote de goma asido por la otra, avanzas entonces a rastras hacia donde intuyes que debe estar la orilla: embarcarte desde el muelle, has comprendido, ya no será posible. Una sucesión de tumbos que tiene algo de chapaleo golpea la franja de arenilla a la que quieres llegar y te sirve de guía. Tictac. Ya casi estás ahí. «Solo un poco más», te dices. Y a pesar de que tu respiración es ya solo un ronquido áspero, al sentir la cercanía del agua, dejas que la canción del Capitán Garfio acuda a tus labios. ¡Ay, la de un pirata es la vida mejor!*, musitas,* se vive sin trabajar. *Y las palabras funcionan como un encantamiento que te permite por fin erguirte y dar un primer paso en la laguna,* cuando uno se muere, con una sirena, se queda en el fondo del mar. *¿Habrá sentido Astrid, piensas, ese mismo frío al mojarse los pies en el estanque? Tictac.* Síííí*, te respondes con la voz quebrada pero reunida ya para siempre con las nuestras,* ¡se queda en el fondo del mar!

Penguin
Random House
Grupo Editorial

La canción del Capitán Garfio

© 2022, Manuel Scorza

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Alfaguara es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

ISBN: 978-612-5020-59-8
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2023-01667

Primera edición: marzo de 2023

Conversión a e-book: Apollo Studio

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Mario Ghibellini

Nació en Lima en 1960. Estudió Lingüística y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Obtuvo el segundo lugar en el premio COPÉ de cuento en 1983 y una mención honrosa en el Cuento de las Mil palabras de la revista *Caretas* en 1986. Desde entonces, sin embargo, ha publicado muy poco de su producción literaria y se ha dedicado sobre todo al periodismo escrito y televisivo. Desde hace 19 años, su columna Vuelo de libelo aparece todos los sábados en el diario *El Comercio*. Se ha desempeñado también como guionista de distintas series de ficción para la televisión y es coautor del libro *El otro sendero*, junto a Enrique Ghersi y Hernando de Soto.
Fotografía de autor: © Nancy Chappell / El Comercio

«Todo lo que podemos hacer es detenernos aquí a imaginar que compartimos el dolor que mina tu cuerpo y las ansias que trae la noche».

Afectado por una grave enfermedad, Ignacio se encuentra unos días de visita en casa de sus tíos. Allí aprovecha para compartir juegos, confidencias y paseos con su primo Rafo, quien además de ser su compañero en el colegio se convierte en el cómplice de una aventura secreta: adentrarse en el jardín de una casa abandonada, donde se dice que acechan animales peligrosos, para jugar al país de Nunca Jamás de Peter Pan.

Enmarcada en el imaginario de la célebre obra de James M. Barrie, *La canción del Capitán Garfio* narra una temporada en la vida de un niño que, abrumado por el padecimiento físico y las desmedidas atenciones de los adultos, logra sacar restos de arrojo para afrontar los desafíos que la fantasía y la realidad le imponen. Mediante una prosa de cuidada sencillez y lustre, Mario Ghibellini ha compuesto una historia de lazos familiares, correrías de colegio y tempranos descubrimientos donde se alza como bandera de lucha la lúdica determinación de la infancia.